

# CRISTIANDAD

---

## SAN PIO X,

corrigiendo las desviaciones del movimiento social católico, frente al sueño de «querer cambiar los cimientos naturales y tradicionales de la sociedad»

enseña:

«La civilización cristiana no está por inventar ni la sociedad nueva por edificar en las nubes»...

El «fruto de esta acción social cosmopolita, sería una democracia... una religión más universal que la Iglesia católica...»

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario . . . . .	7'50	Encuadernar revistas y separatas . . . . .	36'00
Encuadernar revistas . . . . .	25'00	Tomos encuadernados, revistas y separatas . . . . .	186'00

## Publicaciones CRISTIANDAD

	PTAS.
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón. . . . .	
Documentos Pontificios edición castellana . . . . .	30' -
» latino-castellana (agotada) . . . . .	45' -
Catolicismo o Barbarie . . . . .	
José Oriol Cuffí Canadell . . . . .	35' -
Emisaria de Cristo Rey. Sor María del Divino Corazón . . . . .	
Rdo. Luis Chasle, S. J. . . . .	30' -
Actualidad de la Idea de Cristo Rey . . . . .	15' -
La Soberanía Social de Jesucristo . . . . .	
P. Enrique Ramière, S. J. . . . .	30' -
¿Sabes desde cuando nos aman los Corazones de Jesús y de María? . . . . .	
M. L. Suñe . . . . .	21' -
San Pío X . . . . .	120' -
Jerónimo Dal-Gal, O.F.M. conv. . . . .	

- Colección completa de las Encíclicas, mensajes y discursos de S. S. el Papa durante el año. - Precio 65 ptas.

Tomitos publicados: años 1952 y 1953

Pídalas en las librerías católicas o directamente a nuestra administración:

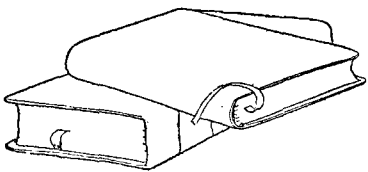
Diputación, 302, 2.º 1.ª

BARCELONA

Teléfono 22 24 46

Luchemos por un mundo mejor  
con el auxilio poderoso  
del Rosario

## EN LAS VACACIONES.....



Elige para tu lectura un libro de las «Publicaciones CRISTIANDAD».

Colecciona y ordena tus revistas y separatas de «Documentos Pontificios». Para su encuadernación telefona al n.º 22 24 46. Administración de CRISTIANDAD.

Adquiere y difunde alguna de nuestras obras para hacer con ello labor de apostolado.

Precio de este ejemplar: 12 ptas.

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA  
DEVOCION A LOS SAGRADOS  
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

## SVMARIO

### EDITORIAL

*Una buena fe al servicio de una mala fe*, por J. B. B. (pág. 259).

### PLURA UT UNUM

*Sillonismo o quinta columna*, por Jerónimo Salvá Miquel (pág. 261).

### DEL TESORO PERENNE

*La Encíclica sobre «Le Sillon»* (pág. 262 y 263).

*¿Una quinta columna dentro de la Iglesia? Actualidad de la Encíclica de San Pío X sobre «Le Sillon»* (págs. 264 a 271).

### EL BIELDO Y LA CRIBA

*Un caso de conciencia literario (III)*, por Arturo M.<sup>a</sup> Cayuela, S. I. (págs. 272 a 275).

*Meditaciones en torno al barroco*, por Francisco Salvá Miquel (págs. 275 y 276).

*¿Cursillos?... ¿Semanas?...*, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 277 y 278).

### COLABORACION

*Trascendencia de San Pío X: La condenación del modernismo*, por Antonio Castillo Pimentel (págs. 279 y 280).

### DE ACTUALIDAD

*Los peligros de la «Paz»*, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 281 y 282).

*Crónica religiosa mensual*, (págs. 282 a 284).

*Crónica política del mes*, por Shehar Yashub (págs. 284 a 286).

### ANEXOS

*Discurso de S. S. el Papa a los participantes en el III Congreso de los Radiólogos y Electrólogos de Cultura Latina y el XVIII Congreso de la Sociedad Italiana de Radiología Médica. — Carta del Sumo Pontífice, sobre la alta misión de los Institutos religiosos de enseñanza. — Mensaje de S. S. Pío XII al mundo con motivo de la fiesta de Pascua.*



## Una buena fe al servicio de una mala fe

«Quien no está conmigo está contra mí»

Un modo de ser muy frecuente entre los católicos de nuestro tiempo ha sido minuciosamente dibujado. La pluma que traza estos rasgos está en manos de San Pío X.

Una atenta, comprensiva, consideración culmina en un dictamen; San Pío X lo pronuncia.

Pero este dictamen, a pesar de la simpatía que se manifiesta con frecuencia hacia las personas, termina, sin embargo, en una fórmula, lapidaria, de condenación: "La Revolución ha pasado por ahí."

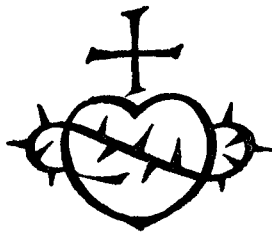
Luego... luego surgen ante nosotros, en una evocación magistral, las enseñanzas religioso-político-sociales de un León XIII desconocido; de un León XIII oculto bajo un democratismo y humanitarismo que se nos han hecho familiares como si fuesen expresión del sentir y de los ideales de la Iglesia, y a los que vienen, justamente, a desautorizar como opuestos tanto al derecho natural, como a la verdad, obediencia y caridad de Cristo; "un desastroso retroceso para la civilización".

La historia, pronto bisecular, que ha desembocado en este resultado tuvo una reproducción abreviada en la vida de esta organización francesa de "Le Sillon", a propósito de la cual escribió San Pío X la Encíclica que transcribimos y comentamos hoy. Es la historia de un lento proceso de sustitución de una mentalidad católica por una mentalidad que no lo es; ello al amparo, por una parte, de la confusión de ideas por falta de formación teológica, filosófica e histórica; y por otra, de una bondad ciega e impulsiva junto con el deseo de estar a la altura de los progresos materiales de la sociedad.

Se empezó creyendo que las fórmulas revolucionarias nos permitirían remozar el programa católico; más todavía: que ellas, si se depuraban de algunos vicios más o menos intrínsecos, eran expresión perfecta de un ideal social que el católico podía suscribir enteramente, el ideal de un Mundo mejor de justicia, de amor y de paz. Pero las palabras arrastran tras de sí aquello que significan, y después de aceptar los nombres se acepta la cosa. Por esta pendiente ya se llegó al punto en que "no se temió hacer aproximaciones blasfemas entre la Iglesia y la Revolución" y el "río limpio e impetuoso" de los primeros tiempos "fué captado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, para no formar sino un miserable afluente del movimiento organizado de apostasía universal".

He ahí el sueño que acariciaba "Le Sillon", y que ha pasado en herencia a extensas zonas del catolicismo actual, fáciles de identificar: católicos, protestantes, judíos y librepensadores se encontrarán unidos en una acción común para el bienestar de la sociedad, y una noble emulación impulsará a cada uno a mostrar la fecundidad de sus convicciones y de su "generoso idealismo" en la eficacia práctica de los mismos. La división en campos diversos y adversos entre los seguidores de Cristo y sus enemigos había dado lugar a "una gran amistad". Con todo, van surgiendo poco a poco extrañas antinomias, que no habrían tenido sentido en el seno de un pensamiento puramente católico: autoridad y libertad; dignidad y obediencia; justicia y orden; etc. Lo que se presentaba como un progreso frente a una Iglesia retrógrada era, en realidad, un fenómeno de desintegración.

J. B. B.



«Adveniat Regnum Tuum»

## AGOSTO

### La guerra incesante de los cristianos contra las publicaciones deshonestas e irreligiosas

Un ingente oleaje de escritos obscenos e irreligiosos se ha desbordado de ciertos países y se difunde por toda la tierra. No basta lamentarse contra este inmenso peligro que amenaza, sobre todo, a la juventud, sino que debemos luchar prácticamente con todas nuestras fuerzas y aplicar con todo rigor la ley penal.

La prensa inmoral (lo mismo que el cine y la radio): forma, o mejor dicho, **DEFORMA** la masa del pueblo, dándole una perversa noción de la vida; crea una falsa opinión de la vida privada, familiar y social; horada la piedra como una gota que cae sin cesar...

**DIFUNDE POR SECTORES AMPLÍSIMOS** doctrinas inmorales e irreligiosas, a causa de su inmensa divulgación; hay suma facilidad de leer y comprar la mala prensa. ¡Y con qué avidez compran y leen muchos jóvenes esta clase de publicaciones, sobre todo si van ilustradas con grabados!

He aquí un testimonio de cierto pagano, joven universitario chino: «Cuando nosotros venimos a Francia (lo mismo se puede aplicar a todo el occidente católico) sabemos bien que venimos a un país católico. Aunque no tenemos intención de recibir el bautismo, queremos conocer qué es y cómo es un país católico. Pero ¿qué vemos? Todo menos

catolicismo. También entre nosotros se cometen pecados, pero no se invita socialmente a cometerlos con una propaganda tan grande y descarada.»

Para triunfar en la lucha contra los escritos deshonestos, el **SANTO OFICIO** (2-IV-1952) comonstaba:

«a todos los fieles, que **TENGAN PRESENTE** la **GRAVÍSIMA OBLIGACION** de abstenerse totalmente de leer tales libros y revistas;

»a los educadores de la juventud, que, conscientes de su delicadísima misión, **LOS APARTEN** de tales escritos como de un oculto veneno;

»a los que por sus cargos deben moderar las costumbres de los ciudadanos, que **NO PERMITAN** la publicación y divulgación de tales escritos que tienden a demoler los principios y fundamentos de la misma honestidad natural».

La legislación de España es magnífica a este respecto y favorece la lucha contra las publicaciones deshonestas.

Pidamos al Corazón de Jesús que se cumpla esa legislación y que en todo el mundo se luche vigorosamente contra las publicaciones impías e inmorales.

## Misión insustituible de la Jerarquía católica...

Vosotros, Venerables Hermanos, proseguid activamente la obra del Salvador de los hombres con la imitación de su mansedumbre y de su energía. Inclinaos a todas las miserias, ningún dolor escape a vuestra solicitud pastoral, ningún lamento os halle indiferentes. Pero predicad también denodadamente a grandes y pequeños sus deberes; a vosotros toca formar la conciencia del pueblo y de los poderes públicos.

## ...en la constitución de un orden social

Como en el conflicto de intereses, y especialmente en la lucha con las fuerzas del mal, ni la virtud ni aun la santidad bastan siempre a asegurar al hombre el pan de cada día; y como el rodaje social debe ordenarse de suerte que con su juego natural paralice los esfuerzos de los malvados y haga asequible a todos los hombres de buena voluntad su parte legítima de felicidad terrena, ardientemente deseamos a este fin que os intereseis activamente en la organización de la sociedad.

PIO X, al Episcopado

# SILLONISMO O QUINTA COLUMNA

Han pasado cuarenta y cuatro años desde que San Pío X dirigió a los Obispos Franceses su Carta sobre la condenación del «Sillon». A primera vista, uno se siente tentado a creer que la misión de Marc Sagnier y su grupo acabó — de una manera definitiva — con el peligro.

Sin embargo, si nos metemos en las cosas tal como son, y no nos paramos en vacilaciones ni en contemplaciones tímidas, nos hallaremos ante un doloroso renacer del mal. El movimiento «sillonista» era extraordinariamente peligroso. Al «sillonismo» y al «modernismo» — ambos combatidos por San Pío X — les podríamos aplicar una denominación muy actual.

Si se me permite, los llamaré «quintacolumnismo». Y no dejaré de sentir, al emplear esta calificación, un temblor de inquietud y de angustia. Porque la corrupción de lo mejor, es lo peor. En su Carta, el Papa santo reconoce los méritos personales de los organizadores y los miembros del «Sillon». No discute su entusiasmo, su generosidad y su abnegación... No los censura por ser lo reprochable, lo malo... Llama de una manera enérgica la atención ante lo bueno, o lo mejor, que era un regalo de la heredad del Señor, y se está corrompiendo.

Y se corrompe, porque no se pueden mezclar y fundir en un solo cuerpo y en una sola realidad elementos contrapuestos e inconciliables. Si la Revolución es una gran conspiración contra la Ciudad cristiana: una subversión diabólica para destruir la edificación de la Historia, la tradición y la Iglesia, y para crear, en su lugar, una sociedad nueva — una sociedad que es como si empezara a surgir de nuevo, porque no tiene fundamentos —; la Revolución, que mira a destruir la obra del Cristianismo, no puede enlazarse, fundirse, en un revoltijo violento, con él.

Son dos contrarios que se eliminan, que se destruyen recíprocamente.

Poderoso, el ataque desde fuera. El ingenio de los pensadores y las cabriolas intelectuales y maliciosas de los Literatos para ridiculizar la obra de la Iglesia. Pero infinitamente más dañosa la corrupción que nos nace dentro, que la sentimos dentro del corazón y que empieza a quemarnos sin habernos dado tiempo para advertir el palpitante del fuego.

El «Sillon» de Marc Sagnier fué un auténtico quintacolumnismo. Inconsciente. Ingenuo. Sus creadores desconocían su virulencia y su peligrosidad. Se habían lanzado a su empresa con la mayor candidez. Si alguien les provocaba, se proclamaban abiertamente católicos.

Sin embargo, las doctrinas y aún las prácticas que intentaban inculcar en la juventud eran las de la Revolución: no las de Cristo. No predicaban abiertamente la Cruz y su locura: se valían del Evangelio, para predicar la Revolución.

Habían sacado a Cristo de su altar y, en su lugar, pusieron un fetiche. El fetiche era la Democracia. La Democracia convertida — así, ni más ni menos — en un dios. El ídolo Democracia: el único absoluto: el absoluto al que debería tender la humanidad desesperadamente.

El poder radicaba en el pueblo. La autoridad era una fuerza que iba de abajo arriba. La dignidad era el derecho a no someterse a nadie: la solución era la autoridad permitida. El pueblo, para salvar la dignidad humana — confundían la obediencia con la dimisión de la nobleza del hombre — a lo más podía «tolerar» el ser gobernado.

El resultado final: una camaradería gozosa con todos — herejes y librepensadores — en la nueva religión y en la utopía de la Democracia.

Los escritos de los «sillonistas», como algunos escritos de Maritain, rezuman un idealismo y una mística que parece como si nos estuviera hiriendo, arañando, con zarpazos ingratos. Uno siente — ante unos y otros — toda la inconsistencia de una mística «iluminista» que ha sustituido o se ha plantado en el lugar donde debiera estar erguida la fe sobrenatural cristiana.

La lectura de *Cristianismo y Democracia* de Jacques Maritain — a quien Julio Meinville ha acusado de «sillonismo» — me produce aquel efecto de frialdad, que nos hiela el fervor y nos lo hiela todo, que sentimos ante el «Manual del Caballero Cristiano» de Erasmo de Rotterdam. Pedazos de hielo: al vivo: como en Erasmo. Como en Erasmo, la terminología cristiana sabe a nieve de escepticismo.

Una terminología desnuda de su verdadero espíritu, la terminología puede ser la de la Iglesia; pero le han metido dentro el espíritu utópico de la Revolución.

A veces, he pensado que no hay nada más dañoso que los idealistas: los utópicos. Lo mismo el Revolucionario que se sitúa fuera de la Iglesia y dispara sus piedras contra sus campanarios, que el católico «sillonista» son utópicos: han cometido el enorme pecado de dejar de creer en el pecado original.

Los que creemos en el pecado original podemos sonreír y estar

contentos. Porque tenemos conciencia de la limitación humana. No desorbitamos las cosas: sabemos perfectamente que al Paraíso Terrenal no se volverá. Y, en medio de las pequeñeces de la vida, sabemos resignarnos a nuestra propia pequeñez.

Sin embargo, aquí está el equipo de los exigentes, de los que tienen un concepto ingenuo de la humanidad, de los que practican un tan arrebatado optimismo con respecto al hombre, que llegan a afirmar la infalibilidad de sus decisiones en un sufragio mayoritario.

En la meta del «sillonismo», hay una nueva sociedad: el estado paradisiaco de todos los revolucionarios, para tender al cual la humanidad tiene que sufrir etapas bárbaras de incivilización, crueldad y vesanía.

Pero lo grave — como he dicho — es que el «sillonismo» no se agota. El quintacolumnismo está siempre en pie. Y hay una gran conspiración de la antiglesia para corromper a los mejores.

Me impresionó profundamente la «Confesión» de un católico italiano que publicó hace unas semanas la Revista *Oggi*. Llena de intensidad: llena de verdad. Los católicos — decía — sentimos un complejo de inferioridad ante nuestros enemigos.

Nos vence el respeto humano. Y, para que no nos acusen de no avanzar con las exigencias de la época, competimos con ellos metiéndonos en su mismo campo y empleando su misma terminología.

Recuerdo exactamente que el autor de la «Confesión», reconocía que habíamos sustituido el concepto del Cuerpo Místico por el de sociedad, y que habíamos apartado de un golpe el vocabulario cristiano para emplear el de la mística revolucionaria.

Cuando se estudie a fondo el «sillonismo» actual — ya sea en su utopismo democrático, ya en su aspecto social económico — se descubrirá en él una raíz pasional: la pasión invencible que ha nacido en el fuego de la experiencia. El historiador consciente — para explicarse esta mezcla de elementos revolucionarios y religiosos, esta Revolución con apariencias cristianas — tendrá que remontarse a los difíciles días de la Resistencia.

La Resistencia francesa y la italiana explicarán muchas cosas del confucionismo ideológico de sus juventudes. La actuación codo a codo de juventudes comunistas y juventudes católicas produjo en estas últimas un contagio y un estado de ánimo que es difícil corregir. Las declaraciones que por el pasado mes de enero hicieron unos muchachos de la Juventud de Acción Católica Italiana a un redactor del semanario liberal *L'Europeo* produjeron estupor. Y alarma.

Aquellos muchachos adoptaban una actitud de franca subversión. Llegaban a discutir la autoridad del Papa — acudiendo a una vaga explicación de orden histórico —. Ellos, para dar fuerza a la Iglesia, fortalecerían su propia iniciativa: prescindirían de las directrices de lo alto: porque ahora la Iglesia necesitaba de la iniciativa individual.

Unos meses después, la crisis que palpitaba ya en el seno de la juventud católica salió a flote, con la dimisión del Dr. Rossi. Se acusó a aquellos jóvenes de contactos ideológicos con determinados movimientos franceses.

Y tanto unos como otros eran «sillonismo», «Quintacolumnismo».

El «sillonismo», tanto en Francia, como en Italia, como mucho más acá, tiene dos características acusadas: exasperación del problema social, creación de un clima de lucha de clases dentro de las filas de la Iglesia o acusación del problema hasta caer en un verdadero economicismo; desconocimiento o desprecio de la autoridad eclesiástica.

Un sillonista, con el mayor fervor cristiano y acudiendo siempre al Evangelio, discutirá una disposición de la Santa Sede. En el mejor de los casos, dirá que la disposición no procede directamente del Papa, sino de determinados medios del Vaticano. Los sillonistas se rasgan las vestiduras cuando la Iglesia firma un Concordato, o miden las palabras de un Cardenal.

Les inquieta tremendamente eso de si un Cardenal puede o no — aunque sea una vez entre mil — equivocarse. Y se preocupan muy poco de no desautorizar a un Prelado cuando censura el discurso de algún capitoste intelectual.

Todo esto no pasaría de ser un juego de niños. Y no llegaría a asustarnos si no pensáramos en la corrupción de lo mejor.

La corrupción de lo mejor, es lo peor. Y a las palomas que caen en la trampa las devorarán los gavilanes.

Si no ocurre algo infinitamente peor. Lo que está deseando Togliatti (quizá, la primera cabeza del comunismo). Togliatti: el puente entre la Revolución de verdad y el «Sillon»: el líder de la mano tendida.

¿Qué es lo infinitamente peor?

Que las palomas se conviertan en chacales.

Que Dios y Nuestra Señora nos libren de esta catástrofe.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

# LA ENCICLICA SOBRE «LE SILLON»

Reproducimos de la revista francesa "VERBE" un esquema del contenido doctrinal de la Encíclica "Nuestro cargo apostólico".

Este cuadro viene dividido, como puede advertir fácilmente el lector, en dos grandes apartados (I y II); y las letras mayúsculas (A, B, etc.) del apartado I corresponden a las mismas letras (A, B, etc.) del apartado II. Finalmente los números corrientes situados a la derecha del enunciado de los temas remiten directamente a los números en que se ha dividido el texto mismo de la Encíclica.

## I

### PROPOSICIONES SILLONISTAS

	Exposición	Advertencias y condenaciones		Exposición	Advertencias y condenaciones
<b>Definición de la democracia sillonista. (A)</b>					
Organización política y social, unida por el amor del interés público y de la noción de humanidad, que tiende, por la nivelación absoluta de clases a la libertad, la igualdad y la fraternidad absolutas de los ciudadanos, permitiendo la mayor participación posible de cada uno en el gobierno, e instaurando la justicia perfecta en la sociedad.	13, 14	1, 7	dirigente por la instrucción y la educación cívica.	13, 19	29
Sólo la democracia puede instaurar el reino de la justicia perfecta porque sólo ella puede nivelar las clases.	15, 16	10, 20	La instrucción se obtiene más fácilmente por una especie de cooperativas intelectuales en donde cada uno es a la vez maestro y alumno.	27	28
	17	31, 40 41	<b>La "Fraternidad" sillonista (D)</b>		
	23	23 31	La triple emancipación desarrollará en los ciudadanos el amor de los intereses comunes y de la noción de humanidad.	17	24
			Ella instaurará así una verdadera fraternidad dando todo su sentido a la noción de dignidad humana.	17	25
<b>La nivelación de clases. (B)</b>			No es verdaderamente digno de llamarse hombre más que aquel que ha adquirido una conciencia esclarecida, fuerte, independiente, pudiendo prescindir de maestro, no obedeciendo más que a ella misma y capaz de asumir y de llevar sin desfallecer las más graves responsabilidades.	25	25
Toda desigualdad de condición es una injusticia.	23	23	La realización de este programa abrirá una era de inmenso progreso. (E)	10	10
Por lo tanto, el ideal de la nivelación absoluta de clases.	9	9, 10	<b>La acción sillonista. (D) y (F)</b>		
Ésta puede obtenerse por la triple emancipación política, económica e intelectual.	13	11	El Sillon, núcleo de la ciudad futura.	27	
<b>La emancipación política</b> y sus consecuencias: libertad e igualdad. (C)			Nada de maestro. Una amistad.	27	28
Salvo en materia de religión, autonomía y libertad absoluta de los ciudadanos.	13	23	La tolerancia en el interior del Sillon de todas las convicciones religiosas y filosóficas.	37	37
La autoridad emana de Dios, pero reside primordialmente en el pueblo.	15, 21	9, 22	Unión de todos bajo el plan de un "generoso idealismo".	38	38
Ella debe ser, pues, multiplicada hasta tal punto que cada ciudadano sea rey.	15, 22	9	La acción sillonista no deberá favorecer a la Iglesia.	38	38
Los ciudadanos delegarán sus poderes a los gobernantes que surgirán del pueblo por vía de selección, pero la autoridad quedará siempre en el seno del pueblo mismo, puesto que permanecerá una autoridad "consentida" por él. Así los ciudadanos serán perfectamente libres e iguales.	15	21	No se trabaja para la Iglesia sino para la humanidad.	39	40
	22	23	Distinción en la acción entre el sillonista-hombre privado (que puede ser católico) y el sillonista-hombre de acción (que debe permanecer neutro).	32	32
<b>La emancipación económica.</b>			Actitud de crítica y de defensa frente a la jerarquía eclesiástica.	28	28
Toda democracia política tiene raíces profundas en la democracia económica.	18		Audacia de los jefes sillonistas rehusando obedecer a la Iglesia.	5, 6, 7	6
La condición patronal será multiplicada hasta tal punto que cada obrero será una especie de patrón gracias a un vasto sistema de cooperativas obreras.	16		Faltas disciplinarias de los sacerdotes sillonistas.	28	28
<b>La emancipación intelectual</b>			Presentación por el Sillon de un Cristo y de un Evangelio sin autoridad, debilitados y deformados.	42	41, 42
El pueblo debe liberarse de la clase llamada					

II  
ENSEÑANZA PONTIFICIA

	Exposición		Exposición
<b>Justicia y formas de gobierno. (A)</b>			
La justicia perfecta social es compatible con diversas formas de gobierno.	23	cual vemos caídos a nuestros hermanos, sino en el cielo por la elevación intelectual y moral no menos que por su bienestar material.	
Los pueblos son libres de escoger la forma que convenga mejor a su temperamento y a sus tradiciones, con tal que salvaguarden la justicia.	23, 31	La fraternidad cristiana supone la unión de los espíritus en la verdad, la unión de las voluntades en el bien, la unión de los corazones en el amor de Dios y de Jesucristo.	24
La religión debe dominar todos los partidos políticos.	31	Los humildes que cumplen su deber cristiano sin otra ambición son verdaderamente dignos de llamarse hombres.	25
La instauración de la democracia universal no compete a la acción de la Iglesia en el mundo.	31	<b>El verdadero progreso. (E)</b>	
<b>Las clases sociales (B)</b>			
La democracia cristiana debe querer, para la sociedad, la diversidad de clases con la que Dios le ha constituido.	9	El progreso de un ser consiste en robustecer sus cualidades naturales y facilitar el ejercicio de su actividad en el marco y conforme a las leyes de su constitución.	10
Esta diversidad es la propia de toda ciudad bien constituida.	9	Separar la fraternidad de la caridad cristiana es un retroceso para la civilización.	24
<b>La autoridad pública. (C)</b>			
La autoridad y la verdadera libertad son compatibles.	22	Sólo la caridad cristiana puede conducir los pueblos en su progreso hacia el ideal de la civilización.	24
Las criaturas son dependientes unas de otras y desiguales por naturaleza.	22	No hay verdadera civilización sin civilización moral y no hay verdadera civilización moral sin la verdadera religión.	36
Toda sociedad tiene, pues, necesidad de una autoridad para dirigir la actividad de sus miembros hacia el bien común, e imprimirle una ley.	22	<b>La acción católica. (F)</b>	
La elección de los gobernantes no es la fuente del poder, el cual viene directamente de Dios.	21	La civilización cristiana no está por inventar.	11
El ideal no es la "autoridad consentida".	22	Existe; León XIII ha recordado sus principios, y ha de restablecerse allí donde ha sufrido daños, adaptándola al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea.	9 11 44
La obediencia a los hombres, en tanto que representantes de Dios, no rebaja al hombre.	22	La Iglesia no ha traicionado jamás la felicidad del pueblo por alianzas comprometedoras.	44
<b>La fraternidad cristiana. (D)</b>			
La consideración de los intereses comunes es insuficiente para asegurar una verdadera fraternidad.	24	Los verdaderos amigos del pueblo no son revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas.	44
Sólo la caridad cristiana es la base de la verdadera fraternidad.	24	El deber de todo católico es el de usar las armas políticas que tiene a mano para defender a la Iglesia y también para obligar a la política a permanecer en sus dominios y no ocuparse de la Iglesia más que para darle lo que le es debido.	32
El primer deber de la caridad no es la tolerancia de las convicciones erróneas, por muy sinceras que sean, ni la indiferencia teórica o práctica por el error o el vicio, en el	24	Para abordar los difíciles problemas sociales conviene estar lo suficientemente armado de ciencia histórica, sana filosofía y sólida teología.	4
		Verdadero retrato de Cristo, de su mensaje y de su enseñanza social.	42

«Su catolicismo no acepta más forma de gobierno que la democrática, que, a su juicio, es la más favorable a la Iglesia y se confunde, podría decirse, con ella.»

«Pero no es necesario demostrar que la instauración de la democracia universal no es tarea que compete a la acción de la Iglesia en el mundo.»  
«Error tanto más grave y peligroso cuanto se cifra la religión en un género de democracia cuyos doctrinas son erróneas.»

# ¿UNA QUINTA COLUMNA DENTRO DE LA IGLESIA?

## Actualidad de la Encíclica de San Pío X sobre «Le Sillon»

El Santo denuncia infiltraciones peligrosísimas dentro de los grupos católicos

### Substitución de la verdad de Cristo por el ideal utópico de la Revolución



**N**UESTRO cargo apostólico nos impone la obligación de velar por la pureza de la fe e integridad de la disciplina católica y de preservar a los fieles de los peligros del error y del mal, mayormente cuando el error y el mal se les presentan con un lenguaje arrebatador que, velando la vaguedad de las ideas y el equívoco de las expresiones con el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras, puede inflamar los corazones en el amor de causas seductoras, pero funestas. Tales fueron no ha mucho las doctrinas de los seudofilósofos del siglo XVIII, las de la Revolución y del liberalismo, tantas veces condenadas; tales son aún hoy las teorías de «Le Sillon», las cuales, no obstante apariencias brillantes y generosas, carecen con harta frecuencia de claridad, de lógica y de verdad, y, por esta parte, no son propias ciertamente del espíritu católico y francés.

2. Hemos titubeado mucho tiempo, Venerables Hermanos, en manifestar pública y solemnemente nuestro juicio acerca de «Le Sillon», habiendo sido preciso para que nos decidiéramos a hacerlo, que vuestras preocupaciones vinieran a juntarse con las nuestras. Porque Nosotros amamos a la valiente juventud alistada bajo las banderas de «Le Sillon», y la creemos, por muchos conceptos, digna de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes nos complacemos en reconocer espíritus elevados, superiores a las pasiones vulgares y animados del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros los habéis visto, Venerables Hermanos, penetrados de un sentimiento vivísimo de la fraternidad humana, ir al encuentro de los que trabajan y padecen para sacarlos de lacería, sustentando su abnegación en el amor a Jesucristo y en la práctica ejemplar de la Religión.

#### «Le Sillon» un día tuvo sus aciertos...

3. Era al otro día de la memorable Encíclica de nuestro Predecesor, de feliz memoria, León XIII, sobre la condición de los obreros. La Iglesia, por boca de su Cabeza suprema, había vertido sobre los humildes y pequeños todas las ternuras de su corazón maternal, y parecía que con vivas ansias convocaba campeones, cada día más numerosos, de la restauración del orden y de la justicia en nuestra sociedad perturbada. ¿No es verdad que los fundadores de «Le Sillon» venían en la ocasión propicia a poner grupos jóvenes y creyentes al servicio de la Iglesia para ayudarla a realizar sus deseos y esperanzas? Y de hecho, «Le Sillon» enarbó entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, el signo de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia,

imponiendo el respeto de la Religión a ambientes menos favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y a menudo, en conferencias de controversia, ante un auditorio hostil, surgiendo, excitado por una pregunta o un sarcasmo, para confesar su fe denodada y arrogantemente. Estos eran los buenos tiempos de «Le Sillon», éste su lado bueno, que explica los alientos y las aprobaciones que ni el Episcopado ni la Santa Sede le regatearon, mientras este fervor religioso pudo velar el verdadero carácter del movimiento sillonista.

#### Pero el orgullo y la escasa preparación lo colocaron en una pendiente peligrosa

4. Porque hay que decirlo, Venerables Hermanos, nuestras esperanzas se han visto en gran parte defraudadas. Llegó un día en que «Le Sillon» descubrió, para ojos perspicaces, algunas tendencias alarmantes. «Le Sillon» se extraviaba. ¿Podía suceder otra cosa? Sus fundadores, jóvenes, entusiastas y llenos de confianza en sí mismos, no estaban bastante pertrechados de ciencia histórica, de sana filosofía y de teología sólida, ni para afrontar sin peligro los difíciles problemas sociales a que los arrastraba su actividad y su corazón, ni para precaverse, en el terreno de la doctrina y de la obediencia, contra las infiltraciones liberales y protestantes.

5. No les faltaron consejos; a los consejos sucedieron las amonestaciones; pero hemos tenido el sentimiento de ver que avisos y reprensiones se deslizan sobre sus almas escurridizas sin producir resultado. Las cosas han llegado a tal extremo, que haríamos traición a nuestro deber si guardáramos silencio por más tiempo. Debemos decir la verdad a nuestros queridos hijos de «Le Sillon», a quienes un generoso ardor ha arrastrado por un camino tan errado como peligroso. Tenemos obligación de decirla a los muchísimos seminaristas y sacerdotes que «Le Sillon» ha sustraído, si no a la autoridad, por lo menos a la dirección e influencia de los obispos; tenemos obligación de decirla, finalmente, a la Iglesia, dentro de la cual «Le Sillon» siembra la discordia y cuyos intereses compromete.

#### Se sustrajeron a la dirección de la autoridad eclesiástica, interpretaron el Evangelio a su modo y empequeñecieron y desfiguraron a Cristo

6. En primer lugar, conviene censurar severamente la pretensión de «Le Sillon» de sustraerse a la dirección de la autoridad eclesiástica. Los jefes de «Le Sillon» alegan que se mueven en un terreno que no es el de la Iglesia; que sólo se proponen fines de orden temporal, y no del espiritual, que el sillonista es sencillamente un católico dedicado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, y que saca de las prácticas de su fe la valentía de



su abnegación; que, ni más ni menos que los artesanos, los labradores, los economistas y los políticos católicos, está sujeto a las reglas de la moral, comunes a todos, sin depender, ni más ni menos que ellos, de una manera especial de la autoridad eclesiástica.

7. Facilísima es la contestación a estos subterfugios. ¿A quién se hará creer que los sillonistas católicos, que los sacerdotes y seminaristas alistados en sus filas no tienen, en su actividad social, más fin que los intereses temporales de las clases obreras? Afirmar de ellos tal cosa, creemos que sería hacerles agravio. La verdad es que los jefes de «Le Sillon» se proclaman idealistas irreductibles; que quieren levantar las clases trabajadoras, levantando primero la conciencia humana; que tienen una doctrina social propia y principios filosóficos y religiosos propios para reconstruir la Sociedad con un plan nuevo; que se han formado un concepto especial de la dignidad humana, de la libertad, de la justicia y de la fraternidad, y que, para justificar sus sueños sociales, apelan al Evangelio interpretado a su modo, y lo que es más grave todavía, a un Cristo desfigurado y empequeñecido. Además, enseñan estas ideas en sus círculos de estudio, las inculcan a sus compañeros y las trasladan a sus obras. Son, por tanto, verdaderos profesores de moral social cívica y religiosa; y cualesquiera que sean las modificaciones que puedan introducir en la organización del movimiento sillonista, tenemos el derecho de decir que el fin de «Le Sillon», su carácter, su acción, pertenecen al dominio moral, que es el dominio propio de la Iglesia, y que, por consiguiente, se alucinan los sillonistas cuando creen obrar en un terreno en cuyos linderos expiran los derechos del poder doctrinal y directivo de la autoridad eclesiástica.

**«Le Sillon», en su utopía revolucionaria, ignoraba que la justicia no supone la igualdad y la nivelación de clases**

8. Aunque sus doctrinas estuvieran limpias de error, fuera ya gravísima infracción de la disciplina católica sujetarse obstinadamente a la dirección de los que han recibido del cielo la misión de guiar a los individuos y a las sociedades por el recto sendero de la verdad y del bien. Pero el mal es más hondo, ya lo hemos dicho: «Le Sillon», arrebatado por un amor mal entendido a los débiles, se ha deslizado en el error. Pretende la igualdad y nivelación absoluta de las clases.

9. En efecto, «Le Sillon» se propone el mejoramiento y regeneración de las clases obreras. Mas sobre esta materia están ya fijados los principios de la doctrina católica, y ahí está la historia de la civilización cristiana para atestiguar su bienhechora fecundidad. Nuestro Predecesor, de feliz memoria, los recordó en páginas magistrales, que los católicos aplicados a las cuestiones sociales deben estudiar y tener siempre presentes. El enseñó especialmente que la democracia cristiana debe «mantener la diversidad de clases, propia ciertamente de una sociedad bien constituida, y querer para la sociedad humana aquella forma y condición que Dios, su Autor, le imprimió». Fustigó una «cierta democracia cuya perversidad llega al extremo de atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y procurar la supresión y nivelación de clases». Al propio tiempo, León XIII imponía a los católicos el único programa de acción capaz de restablecer y mantener a la sociedad en sus bases cristianas seculares. Ahora bien, ¿qué han hecho los jefes de «Le Sillon»? No solamente han adoptado un programa y una enseñanza diferentes de los de León XIII (y ya sería sin-

gular audacia de parte de seglares el erigirse en directores de la actividad social de la Iglesia en competencia con el Soberano Pontífice), sino que abiertamente han rechazado el programa trazado por León XIII, adoptando otro diametralmente opuesto. Además de esto, desechando la doctrina recordada por León XIII acerca de los principios esenciales de la sociedad, colocan la autoridad en el pueblo o casi la suprimen, y tienen por ideal realizar la nivelación de clases. Van, pues, en contra de la doctrina católica, hacia un ideal condenado.

**Es insensato pretender edificar la ciudad de modo distinto a como Dios la edificó**

10. Ya sabemos que se lisonjean de levantar la dignidad humana y la condición, harto menospreciada, de las clases trabajadoras; de procurar que sean justas y perfectas las leyes del trabajo y las relaciones entre el capital y los asalariados; de hacer reinar, en fin, sobre la tierra una justicia mejor y mayor caridad; y de promover en la humanidad, con movimientos sociales hondos y fecundos, un progreso inesperado. Nós, ciertamente, no vituperamos esos esfuerzos, que serían a todos visos excelentes si los sillonistas no olvidaran que el progreso de un ser consiste en vigorizar sus facultades naturales con nuevas energías, y en facilitar el ejercicio de su actividad en el marco y conforme a las leyes de su constitución; pero que sí, al contrario, se hieren sus órganos esenciales, quebrantando las reglas de su actividad, se le empuja, no hacia el progreso, sino hacia la muerte. Esto es, sin embargo, lo que ellos quieren hacer de la sociedad humana; su sueño consiste en cambiar su cimientos naturales y tradicionales y en prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos, más beneficiosos que aquellos sobre los que descansa la actual sociedad cristiana.

11. No, Venerables Hermanos — preciso es recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y legisladores —, no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó; no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por edificar en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de establecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados, de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: «Omnia instaurare in Christo».

12. Y para que no se nos acuse de formular juicios demasiado sumariamente y con rigor no justificado acerca de las teorías sociales de «Le Sillon», queremos recordar sus puntos esenciales.

**«Le Sillon» proclamaba la emancipación del pueblo y debilitaba el principio de autoridad**

13. «Le Sillon» tiene la noble preocupación de la dignidad humana. Pero esta dignidad la entiende a la manera de ciertos filósofos de quienes la Iglesia dista mucho de poderse sentir orgullosa.

El primer elemento de esta dignidad es la libertad, entendida en el sentido de que todo hombre, excepto en materia de religión, es autónomo. De este principio fundamental saca las siguientes conclusiones: Hoy el pueblo está en tutela debajo de una autoridad distinta de él; debe

libertarse de ella: *emancipación política*. Está bajo la dependencia de patronos que, detentando sus instrumentos de trabajo, lo explotan, oprimen y rebajan; debe sacudir su yugo: *emancipación económica*. Está dominado, finalmente, por una casta llamada directora, a la cual su desarrollo intelectual asegura una preponderancia indebida en la dirección de los negocios; debe sustraerse a su dominación: *emancipación intelectual*. La nivelación de las condiciones desde este triple punto de vista establecerá entre los hombres la igualdad, y esta igualdad es la verdadera justicia humana. Una organización política y social fundada sobre esta doble base, la libertad y la igualdad (a las que pronto vendrá a juntarse la fraternidad), he aquí lo que ellos llaman Democracia.

14. Sin embargo, la libertad y la igualdad no constituyen más que el lado, por decirlo así, negativo. Lo que constituye propia y positivamente la Democracia es la participación mayor posible de todos en el gobierno de la cosa pública. Y esto comprende un triple elemento: político, económico y moral.

15. Por el pronto, en política, «Le Sillon» no suprime la autoridad: antes al contrario, la estima indispensable; pero quiere dividirla o, mejor dicho, multiplicarla de tal manera que cada ciudadano llegue a ser una especie de rey. La autoridad, es cierto, dimana de Dios; pero reside primordialmente en el pueblo, del cual se desprende por vía de elección o, mejor aún, de selección, sin que por esto se aparte del pueblo y sea independiente de él; será exterior, pero sólo en apariencia; en realidad será interior, porque será una autoridad consentida.

16. A proporción ocurrirá lo propio en el orden económico. Sustraído a una clase particular, el patronazgo se multiplicará tanto que cada obrero será una especie de patrono. La forma llamada a realizar este ideal económico no será, según dicen, la del socialismo, sino un sistema de cooperativas suficientemente multiplicada para provocar una competencia fecunda y para asegurar la independencia de los obreros, que no estarán encadenados a ninguna de ellas.

17. He aquí ahora el elemento capital, el elemento moral. Como la autoridad, según se ha visto, es muy reducida, es menester otra fuerza para suplirla y para oponer una reacción permanente al egoísmo individual. Este nuevo principio, esta fuerza, es el amor del interés profesional y del interés público, es decir, del mismo fin de la profesión y de la sociedad. Imaginaos una sociedad donde en el alma de cada miembro, junto con el amor innato del bien individual y del bien familiar, reinara el amor del bien profesional y del bien público; donde en la conciencia de cada ciudadano estos amores se subordinarán de tal modo, que el bien superior se antepusiera siempre al bien inferior; esta sociedad, ¿no podría pasarse casi sin autoridad y no ofrecería el ideal de la dignidad humana, teniendo cada ciudadano un alma de rey, cada obrero un alma de patrono? Arrancado de la estrechez de sus intereses privados y elevado a los de su profesión, y más arriba, hasta los de la nación entera, y más arriba aún, hasta los de la humanidad (pues el horizonte de «Le Sillon» no se detiene en las fronteras de la Patria, sino que se extiende a todos los hombres hasta los confines del mundo), el corazón humano, ensanchado por el amor del bien común, abrazaría a todos los compañeros de la misma profesión, a todos los compatriotas, a todos los hombres. Y he aquí la grandeza y la nobleza ideal realizada por la célebre trilogía: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

18. Ahora bien; estos tres elementos, político, econó-

mico y moral, están subordinados uno a otro, siendo el principal, según hemos dicho, el elemento moral. En efecto, imposible es que viva democracia política alguna si carece de raíces profundas en la democracia económica; pero, a la vez, ni una ni otra son posibles si no arraiga en tal estado de ánimo que la conciencia posea responsabilidades y fuerzas morales proporcionadas. Pero suponed un estado de ánimo así formado de responsabilidad consciente y de fuerzas morales; y la democracia económica surgirá de ahí espontáneamente, por traducción en actos de esa responsabilidad consciente y de esas energías; del mismo modo y por igual camino saldrá del régimen corporativo la democracia política; y la democracia política y la económica, ésta como soporte de aquélla, quedarán asentadas en la conciencia misma del pueblo sobre fundamentos inquebrantables.

19. Tal es, en resumen, la teoría, se podría decir sueño, de «Le Sillon»; a eso tiende su enseñanza, y lo que llama educación democrática del pueblo, es a saber: a levantar al sumo grado la conciencia y responsabilidad cívica de cada ciudadano, de donde fluirán la democracia económica y la política, y en el reinado de la justicia, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

#### **A pesar del «iluminismo» de aquellos demócratas, la autoridad no reside en el pueblo, sino en Dios**

20. Esta rápida exposición, Venerables Hermanos, os muestra ya claramente cuánta razón teníamos de decir que «Le Sillon» opone doctrina a doctrina, que edifica su ciudad sobre una teoría contraria a la verdad católica y que falsea las nociones esenciales y fundamentales que regulan las relaciones en toda sociedad humana. Las siguientes consideraciones pondrán todavía más de realce dicha oposición.

21. «Le Sillon» coloca primordialmente la autoridad pública en el pueblo, de quien se deriva luego a los gobernantes, de tal manera, sin embargo, que continúa residiendo en él. Pero León XIII condenó formalmente esta doctrina en su Encíclica *Diuturnum illud*, sobre el Principado político, cuando dice: «Muchísimos modernos, siguiendo las huellas de los que en el siglo pasado se atribuyeron el nombre de filósofos, afirman que toda potestad procede del pueblo, por lo cual los que la ejercen en la sociedad no la ejercen por autoridad propia, sino por delegación del pueblo y con la expresa condición de ser revocable por la voluntad del mismo pueblo que se la confirió. Enteramente contrario es el sentir de los católicos, que hacen derivar de Dios el derecho de mandar, como de su principio natural y necesario». Sin duda «Le Sillon» hace descender de Dios esta autoridad, que coloca primero en el pueblo; más de tal manera, que «sube de abajo para arriba, mientras que en la organización de la Iglesia el poder desciende de arriba para abajo». Pero prescindiendo de la anomalía de una delegación que sube, cuando su condición natural es que descienda, León XIII refutó de antemano esta tentativa de conciliación de la doctrina católica con el error del filosofismo. «Importa advertir en este lugar que los supremos gobernantes pueden en ciertos casos ser elegidos por la voluntad y decisión del pueblo, sin repugnancia ni oposición contra la doctrina católica. Pero si esta elección designa al príncipe, no le confiere la autoridad, no delega el poder, sino que determina la persona que estará investida del mismo.

22. Por lo demás, si el pueblo permanece poseedor del Poder, ¿qué viene a ser la autoridad? Una sombra, un mito; no hay ley propiamente dicha; no hay ya obediencia. «Le Sillon» mismo lo reconoce al reclamar en nombre de

la dignidad humana la triple emancipación política, económica e intelectual; la ciudad futura para la cual se afana, no tendrá ni amos ni servidores; los ciudadanos serán todos libres, todos camaradas, todos reyes. Una orden, un precepto, sería un atentado contra la libertad; la subordinación a una superioridad cualquiera, disminución del hombre; la obediencia, degeneración. ¿Es esto, Venerables Hermanos, la traza con que la doctrina tradicional de la Iglesia nos representa las relaciones sociales en la ciudad, por más perfecta que se le suponga? ¿Por ventura toda sociedad de criaturas dependientes y desiguales por naturaleza no necesita de una autoridad que dirija la acción de todos al bien común y que imponga su ley? Y si en la sociedad hay seres perversos (y los habrá siempre), ¿no deberá la autoridad ser tanto más fuerte cuanto más amenazador sea el egoísmo de los malvados? Además, ¿puede decirse, con sombra siquiera de razón, que sean incompatibles la autoridad y la libertad, a menos de engañarse groseramente sobre el concepto de la libertad? ¿Puede enseñarse que la obediencia es contraria a la dignidad humana y que el ideal sería reemplazarla por «la autoridad consentida»? ¿Acaso no tenía presente el Apóstol San Pablo la sociedad humana en todas sus etapas posibles cuando prescribía a los fieles la sumisión a toda autoridad? ¿Acaso la obediencia a los hombres en cuanto representantes legítimos de Dios, es decir, en suma, la obediencia a Dios, rebaja al hombre y le abate debajo de sí mismo? ¿O es que el estado religioso fundado sobre la obediencia será contrario al ideal de la naturaleza humana? ¿O que los Santos, que han sido los más obedientes de los hombres, habrán sido esclavos y degenerados? ¿Puede imaginarse, en fin, un estado social donde Jesucristo, vuelto a la tierra, no diera ya ejemplo de obediencia ni dijera: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»?

### **El fetiche de «Le Sillon»: la Democracia. Exclusión injusta de las demás formas de Gobierno**

23. «Le Sillon», que enseña semejantes doctrinas y las pone en práctica en su vida interior, siembra, por tanto, entre vuestra juventud católica nociones erróneas y funestas sobre la autoridad, la libertad y la obediencia. Lo propio ocurre con la justicia y la igualdad. Se esfuerza, dice, en realizar una era de igualdad, que será, por eso mismo, una era de justicia mejor. Para él, pues, toda desigualdad de condición es una injusticia, o al menos una menor justicia; principio sobremanera contrario a la naturaleza de las cosas, generador de envidia y de injusticia, y subversivo de todo orden social. Asimismo la democracia es la única que, según él, inaugurará el reinado de la justicia perfecta; mas ¿no es esto hacer injuria a las otras formas de gobierno, que se rebajan de esta suerte a la condición de Gobiernos impotentes, llevaderos tan sólo a falta de cosa mejores? Por lo demás, «Le Sillon» tropieza también en este punto con las enseñanzas de León XIII. Hubiera podido leer en la Encíclica ya citada del Principado político que, «salva la justicia, no está prohibido a los pueblos darse el gobierno que responde mejor a su carácter o a las instituciones y costumbres que recibieron de sus antepasados». Ahora bien; como la Encíclica se refiere a la triple forma de gobierno bien conocida, supone, por el mismo caso, que la justicia es compatible con cada una de ellas. Pues la Encíclica sobre la condición de los obreros, ¿no afirma claramente la posibilidad de restaurar la justicia en las organizaciones actuales de la sociedad, puesto que indica los medios? Mas como, sin

duda alguna, quería hablar León XIII, no de una justicia cualquiera, sino de la justicia perfecta, al enseñar que la justicia es compatible con las tres formas de gobierno conocidas, enseñaba también que, por este lado, no goza la democracia de especial privilegio. Los sillonistas, que pretenden lo contrario, o bien rehusan oír a la Iglesia, o se forman de la justicia y de la igualdad un concepto que no es católico.

### **Sustituían la Caridad cristiana por el ideal revolucionario de la Fraternidad**

24. Otro tanto sucede con la noción de la fraternidad, cuyo fundamento ponen en el *amor de los intereses comunes* o, por cima de todas las filosofías y de todas las religiones, en la *simple noción de humanidad*, englobando así, en un mismo amor y tolerancia, a todos los hombres con todas sus miserias, tanto intelectuales y morales como físicas y temporales. Mas la doctrina católica nos enseña que el primer deber de la caridad no está en la tolerancia teórica o práctica para el error o el vicio en que vemos sumidos a nuestros hermanos, sino en el celo por su mejoramiento *intelectual y moral*, no menos que por su bienestar material. Esta misma doctrina católica nos enseña también que el origen del amor al prójimo se halla en el amor de Dios, Padre común y fin común de toda la familia humana, y en el amor de Jesucristo, de quien somos en tal excelso grado miembros, que consolar a un desgraciado es hacer bien al mismo Jesucristo. Todo otro amor es ilusión o afecto estéril y pasajero. Bien lo acredita la experiencia humana en las sociedades paganas o laicas de todos los tiempos, probando que *a ciertas horas la consideración de los intereses comunes o de la semejanza de naturaleza pesa muy poco* en pugna con las pasiones y apetitos del corazón. No, Venerables Hermanos, no hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana, que por amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, abraza a todos los hombres para consolarlos y llevarlos a todos a una misma fe y a una misma bienaventuranza del cielo. Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización. Porque para llegar, como deseamos con toda nuestra alma que se llegue, a la mayor suma de bienestar posible para la sociedad y para cada uno de sus miembros por la fraternidad, o como también se dice, por la solidaridad universal, son menester la unión de las voluntades en el bien, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Mas como tal unión no sea realizable sino por la caridad católica, síguese que ésta es la única que puede conducir a los pueblos por el camino del progreso al ideal de la civilización.

### **La obediencia no rebaja al hombre, digan lo que quieran los «sillonistas». Admirable obediencia de los santos**

25. En fin, como principio y fundamento de todas las falsificaciones de las nociones sociales fundamentales, asienta «Le Sillon» una falsa idea de la dignidad humana. Dicho suyo es, que el hombre no será verdaderamente hombre, esto es, digno de este nombre, sino cuando haya adquirido una conciencia ilustrada, fuerte, independiente, autónoma, capaz de prescindir de señor, no obedeciendo más que a sí mismo, con poder de asumir y soportar sin desviarse de su deber las más graves responsabilidades. He aquí una mues-

tra de esas frases hichandas con que se exalta al orgullo humano, a manera de sueño que arrastra al hombre sin luz, sin guía y sin socorro por el camino de la ilusión, donde, esperando el gran día de la plena conciencia, será devorado por el error y las pasiones. Y ¿cuándo llegará ese gran día? A menos de que cambie la naturaleza humana (lo cual no está en poder de «Le Sillon»), ¿vendrá alguna vez? ¿Acaso tenían esa dignidad los Santos, por quienes llegó a su apogeo la dignidad humana? Y los humildes de la tierra que no pueden subir tan alto y que se contentan con trazar modestamente su propio surco en la categoría que la Providencia les ha asignado, cumpliendo enérgicamente sus deberes en la humildad, obediencia y paciencia cristianas, ¿no serán dignos de llamarse hombres, ellos a quienes el Señor sacará un día de su condición oscura para colocarlos en el cielo entre los príncipes de su pueblo?

26. Pero basta ya de reflexiones sobre los errores de «Le Sillon», pues si pretendiéramos agotar la materia, haríamos de llamar vuestra atención sobre otros dictámenes suyos igualmente errados y peligrosos; verbigracia, sobre la manera de entender el poder coercitivo de la Iglesia. Importa ver ahora la influencia de estos errores en la conducta práctica de «Le Sillon» y en su acción social.

#### Las prácticas de «Le Sillon» infundían la desconfianza en la autoridad de la Iglesia

27. Las doctrinas de «Le Sillon» no quedan en el dominio de la abstracción filosófica, sino que se enseñan a la juventud católica, y a más, se ensaya el *vivirlas*. Considerándose «Le Sillon» como el núcleo de la ciudad futura, la refleja con la mayor fidelidad posible, desterrando de su seno toda jerarquía. El cuerpo escogido que lo dirige se ha separado del vulgo por selección, es decir, imponiéndose por su autoridad moral y por sus virtudes. Libres son la entrada y la salida. Los estudios se hacen sin maestro, o, cuando más, con algún consejero. Los círculos de estudios son verdaderas cooperativas intelectuales, donde cada cual es en un todo maestro y discípulo. El más ilimitado compañerismo reina entre los miembros y pone en total contacto sus almas; de aquí el alma común de «Le Sillon». Se le ha definido «una amistad». El mismo sacerdote, cuando entra en él, abate la eminente dignidad de su sacerdocio, y por el más extraño trueque de papeles, se hace alumno, se pone al nivel de sus jóvenes amigos, y no es ya más que un camarada.

28. En estas costumbres democráticas y en las teorías sobre la ciudad ideal que las inspira, reconocereis, Venerables Hermanos, la causa secreta de las *faltas de disciplina* que tan frecuentemente habéis tenido que reprochar a «Le Sillon». No es maravilla que en los jefes y sus camaradas de tal manera formados, aunque sean seminaristas o sacerdotes, no halláis el respeto, docilidad y obediencia que se deben a vuestras personas y autoridad; que experimentéis de parte de ellos una *sorda oposición* y tengais el sentimiento de ver que se desentienden totalmente de las obras no sillonistas, o que, forzados por la obediencia, se entregan a ellas con disgusto. Vosotros sois lo pasado; ellos son los batidores de la futura civilización. Vosotros representáis la jerarquía, las desigualdades sociales, la autoridad y la obediencia; instituciones anticuadas a las cuales sus almas, prendadas de otro ideal, no pueden plegarse. Sobre esta situación de ánimo tenemos el testimonio de hechos dolorosos, capaces de arrancar lágrimas; y no podemos, a pesar

de nuestra longanimidad, librarnos de un justo sentimiento de indignación. ¡Cómo no! Se infunde a nuestra juventud católica la desconfianza para con su santa Madre la Iglesia; se le enseña que después de diez y nueve siglos no ha logrado aún constituir en el mundo la sociedad sobre sus verdaderas bases; que no ha entendido las nociones sociales de autoridad, libertad, igualdad, fraternidad y dignidad humana; que los insignes obispos y monarcas que tan gloriosamente crearon la Francia y la gobernaron no supieron dar a su pueblo ni la verdadera justicia, ni la verdadera felicidad, porque no tenían el ideal de «Le Sillon».

29. El soplo de la revolución ha pasado por ahí; de donde podemos concluir que si las doctrinas sociales de «Le Sillon» son erróneas, su espíritu es peligroso y su educación funesta.

30. Pues entonces, ¿qué pensar de su acción en la Iglesia, de la acción de ese «Le Sillon», cuyo catolicismo es tan quisquilloso que a poco más, quienquiera que no abrace su causa es a sus ojos enemigo interior del catolicismo y no entiende palabra del Evangelio ni de Jesucristo? Creemos que hay que insistir en este punto, porque precisamente su celo católico le ha valido a «Le Sillon», hasta estos últimos tiempos, preciosos alientos e ilustres aprobaciones. Mas ahora, en vista de las palabras y obras debemos declarar que, así por la conducta como por la doctrina, «Le Sillon» no satisface a la Iglesia.

#### «Le Sillon» pretendía comprometer a la Iglesia en una forma de Democracia revolucionaria

31. En primer lugar, su catolicismo no acepta más forma de gobierno que la democrática, que a su juicio, es la más favorable a la Iglesia, y se confunde, por decirlo así, con ella, enfeudando de este modo la religión a un partido político. No tenemos necesidad de demostrar que el advenimiento de la democracia universal no tiene nada que ver con la acción de la Iglesia en el mundo; ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre a los pueblos el cuidado de darse el gobierno que consideren más conveniente a sus intereses. Lo que una vez más queremos afirmar, de acuerdo con Nuestro Predecesor, es que hay error y peligro en atar sistemáticamente el catolicismo a una forma de gobierno; error y peligro que son más graves cuando se cifra la religión en un género de democracia cuya doctrinas son erróneas. Este es el caso de «Le Sillon», el cual, comprometiéndolo a la Iglesia en una forma especial de gobierno, divide a los católicos, arranca a la juventud y aún a los sacerdotes y seminaristas de la acción simplemente católica, y gasta sin ningún provecho las fuerzas vivas de una parte de la nación.

#### No salían en defensa de la Iglesia ni defendían un programa católico

32. Y ved, Venerables Hermanos, una sorprendente contradicción: precisamente invocando el principio de que la Religión debe dominar sobre todos los partidos, se abstiene «Le Sillon» de defender a la Iglesia combatida. No es ésta, en verdad, la que ha descendido a la arena política; antes bien, la han arrastrado a ella para mutilarla y despojarla. Y siendo esto así, ¿no deben todos los católicos usar de las armas políticas que tienen en sus manos para defenderla, y también para obligar a la política a mantenerse en su terreno y no ocuparse de la Iglesia más que para darle lo que le es debido? Pues bien; a vista de las tropelías que

se perpetran contra la Iglesia, vese frecuentemente con dolor a los sillonistas cruzarse de brazos, si no les tiene en cuenta el defenderla; véseles dictar o sostener un programa que por ningún lado, ni en ningún grado, descubre al católico, sin que esto sea obstáculo para que esos mismos hombres confiesen su fe en plena lucha política, al golpe de alguna provocación, dando así a entender que hay dos hombres en el sillonista: el individuo que es católico, y el sillonista, el hombre de acción, que es neutro.

**Concedían al bien y al mal la misma beligerancia. Buscaban la alianza con herejes y descreídos para adorar un nuevo mito y practicar una falsa religión**

33. Hubo un tiempo en que «Le Sillon», como tal, era formalmente católico. No conociendo más fuerza moral que la católica, iba proclamando que la democracia sería católica o no sería. Mas llegó un momento que, mudando de parecer, dejó a cada cual su religión o su filosofía y hasta él mismo cesó de llamarse católico, sustituyendo aquella su fórmula «La democracia será católica» con esta otra: «La democracia no sera anticatólica», como tampoco, por lo demás, antijudía o antibudista. Esta fué la época de «Le plus grand Sillon». Convocados para la construcción de la ciudad futura todos los obreros de todas las religiones o de todas las sectas, no se les puso más exigencia que abrazar el mismo ideal social, respetar todas las creencias y aportar un cierto contingente de fuerzas morales. Es verdad que se decía: «Los jefes de «Le Sillon» sobreponen a todas las cosas su fe religiosa. Pero, ¿pueden acaso quitar a los demás el derecho de sacar la energía moral de donde puedan? En compensación quieren que los demás respeten en ellos el derecho de sacarla de su fe religiosa. Por consiguiente, piden a todos los que quieran transformar la sociedad presente, a la manera democrática, que no se repelan mutuamente por causa de las convicciones filosóficas o religiosas que puedan separarlos, sino que vayan codo a codo, no renunciando a sus convicciones, sino ensayando en el terreno de las realidades prácticas la prueba de las excelencias de sus convicciones personales. Tal vez en este terreno de la emulación entre almas pertenecientes a diferentes escuelas religiosas o filosóficas, podrá realizarse la unión». Se declaró al mismo tiempo (¿cómo podrá esto realizarse?) que el pequeño «Le Sillon» católico será el alma del gran «Le Sillon» cosmopolita.

34. Recientemente ha desaparecido el nombre de «Le plus grand Sillon» y se ha introducido una nueva organización, sin modificar, antes muy al contrario, el espíritu y fondo de las cosas, para «poner orden en el trabajo y organizar las diversas fuerzas de acción. «Le Sillon» sigue siendo siempre un alma, un espíritu, que se mezclará entre los grupos y les comunicará su actividad». Y se ruega a todas las nuevas agrupaciones, convertidas aparentemente en autónomas, católicas, protestantes y librepensadoras, que pongan manos a la obra.

«Los compañeros católicos trabajarán juntos en una organización especial para instruirse y educarse. Los demócratas protestantes y librepensadores harán por su parte lo propio. Y todos, católicos, protestantes y librepensadores, tomarán a pechos armar la juventud, no para una lucha fratricida, sino para una generosa emulación en el terreno de las virtudes sociales y cívicas».

35. Estas declaraciones y esta nueva organización de la acción sillonista sugieren muy graves reflexiones.

36. He aquí, fundada por católicos, una asociación in-

terconfesional para trabajar en la reforma de la civilización, obra en primer término religiosa, pues es verdad demostrada y hecho histórico, que no hay verdadera civilización moral sin la Religión verdadera, de suerte que es vano pretexto el de los nuevos sillonistas cuando alegan que trabajarán únicamente «en el terreno de las realidades prácticas», donde nada importa la diversidad de creencias, tanto más que tan persuadido está su jefe de la influencia de las convicciones del entendimiento sobre el resultado de la acción, que invita a todos, sin distinción de religiones, a «poner a prueba en el terreno de las realidades prácticas la excelencia de sus convicciones personales». Y con razón, porque las realizaciones prácticas revisten el carácter de las convicciones religiosas, como los miembros de un cuerpo, hasta sus últimas extremidades, reciben su forma del principio vital que los anima.

37. Esto supuesto, ¿qué hay que pensar de la mescolanza de los jóvenes católicos con herejes e incrédulos de toda laya en una obra de esa naturaleza? ¿No será para esos jóvenes mil veces más peligrosa que una asociación neutra? ¿Qué pensar de esa convocación de todos los heterodoxos e incrédulos a aquilatar la excelencia de sus convicciones en el terreno social, en una especie de concurso apologético, como si este concurso no tuviese ya diez y nueve siglos de duración, en condiciones menos peligrosas para la fe de los fieles y en honra cabal de la Iglesia católica? ¿Qué pensar de ese respeto a todos los errores y de la extraña invitación con que un católico anima a todos los disidentes a fortalecer sus convicciones por el estudio y convertirlas en manantiales siempre más abundantes de nuevas fuerzas? ¿Qué pensar de una asociación en la que todas las religiones y el mismo libre pensamiento, pueden manifestarse paladinamente y a sus anchas? Porque los sillonistas, que en las conferencias públicas y en otras partes proclaman arrogantemente su fe individual, no pretenden, a la verdad, cerrar la boca a los demás, ni impedir que el protestante ostente su protestantismo, ni el escéptico su escepticismo. ¿Qué pensar, en fin, de un católico que, al entrar en el círculo de estudios, deja a la puerta su catolicismo para no asustar a los compañeros, que, «soñando en una acción social desinteresada, se oponen a servirse de ella para el triunfo de intereses, de banderías, ni aun de convicciones, sean las que fueren»? Tal es la profesión de fe de la nueva *Junta democrática de acción social*, que ha heredado la parte más importante del programa de la antigua organización, que, según ella misma dice, «deshaciendo el equívoco mantenido alrededor de *Le plus grand Sillon*, tanto en las esferas reaccionarias como en la anticlericales», está abierta a todos los hombre «respetuosos con las fuerzas morales y religiosas, y convencidos de que no es posible ninguna emancipación social verdadera sin el fermento de un *generoso idealismo*».

38. ¡Oh, sí!, el equívoco está deshecho; la acción social de «Le Sillon» no es ya católica; el sillonista, como tal, no trabaja por una bandería, y «de las simpatías que su acción por ventura despierte, la Iglesia, él mismo es quien lo dice, no podrá sacar ningún provecho». ¡Insinuación a la verdad extraña! Témesese que la Iglesia pueda aprovecharse de la acción social de «Le Sillon» con fin egoísta e interesado, como si todo lo que aprovecha a la Iglesia no aprovechara a la humanidad. ¡Extraña confusión de ideas! ¡La Iglesia, según esto, se aprovecharía de la acción social, como si los más ilustres economistas no hubiesen reconocido y demostrado que la acción social, para ser sólida y fecunda, es la que ha de aprovecharse de la Iglesia!

### La ciudad de la utopía, en vez de la ciudad cristiana

Pero más extrañas todavía, espantosas y afictivas a la vez, son la audacia y ligereza de hombres que, llamándose católicos, imaginan refundir la sociedad en las condiciones dichas y establecer sobre la tierra, por cima de la Iglesia católica, «el reinado de la justicia y del amor», con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones o faltos de religión, con creencias o sin ellas, a condición de que olviden lo que los divide, es a saber, sus convicciones religiosas y filosóficas, y de que pongan en común lo que los une, esto es, un *generoso idealismo* y fuerzas morales tomadas «en donde puedan». Cuando se piensa en las fuerzas, en la ciencia, en las virtudes sobrenaturales que han sido menester para la fundación de la ciudad cristiana, cuáles son los padecimientos de millones de mártires, las luces de los Padres y Doctores de la Iglesia, la abnegación de todos los héroes de la caridad, una poderosa jerarquía nacida en el cielo, torrentes de gracia divina, y todo ello edificado, unido, compenetrado por la Vida y el Espíritu de Jesucristo, la Sabiduría de Dios, el Verbo hecho hombre; cuando se piensa, decimos, en todos esto, asusta ver a los nuevos apóstoles obstinados en hacer cosa mejor con un vago idealismo y las virtudes cívicas. ¿Qué van a producir? ¿Qué es lo que va a salir de esa colaboración? Una construcción puramente verbalista y quimérica, donde espejeará, revueltas y en confusión seductora, las palabras de libertad, justicia, fraternidad y amor, de igualdad y exaltación del hombre, todo ello fundado en una dignidad humana mal entendida; una agitación tumultuosa, estéril para el fin propuesto, provechosa para los agitadores de masas menos utopistas. Verdaderamente se puede afirmar que «Le Sillon», con los ojos puestos en una quimera, está haciendo escolta al socialismo.

39. Cosa peor tenemos todavía. El resultado de esa promiscua colaboración, el beneficiario de esta acción social cosmopolita, no puede ser más que una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía; una religión (pues el sillonismo, según han dicho sus jefes, es una religión) más universal que la Iglesia católica y que reúna a todos los hombres hechos a la postre hermanos y compañeros en el reino de Dios. «No se trabaja para la Iglesia; se trabaja para la humanidad».

### «Le Sillon», una quinta columna dentro de la Iglesia: la corrupción de los mejores

40. Y ahora, penetrados de la más viva tristeza, os preguntamos, Venerables Hermanos, en qué ha venido a parar el catolicismo de «Le Sillon». ¡Ay! El que diera antes tan hermosas esperanzas, aquel río cristalino e impetuoso, ha sido atajado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, y ya no constituye más que un miserable afluyente del gran movimiento de apostasía organizado de una iglesia universal sin dogmas ni jerarquía, sin regla para el espíritu ni freno para las pasiones; una Iglesia que, so pretexto de libertad y dignidad humana, volvería a traer al mundo, si triunfase, con el reinado legal de la astucia y de la fuerza, la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

41. Harto conocemos los sombríos antros donde se elaboran estas doctrinas deletéreas que no deberían seducir a espíritus perspicaces. No han podido librarse de ellas los jefes de «Le Sillon»: la exaltación de sus afectos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con

parte de iluminismo, los han arrastrado a un nuevo evangelio, en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, llevando a tal punto su osadía que tratan a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad sobremana irrespectuosa, y a consecuencia del parentesco de su ideal con el de la revolución, no temen presentar entre ésta y el Evangelio paridades blasfemas que no tienen siquiera la excusa de haberse escapado en alguna improvisación tumultuosa.

### El Cristianismo no señala el camino de la utopía, sino el de la realidad.

#### La felicidad en la aceptación de la cruz

42. Queremos llamar vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre esta deformación del Evangelio y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada en «Le Sillon» y en otras partes. Al discurrir sobre la cuestión social, es moda en ciertas esferas descartar primero la divinidad de Jesucristo, y después no hablar más que de su extremada mansedumbre, de su compasión para todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Verdad es que Jesucristo nos ama con amor inmenso, infinito, y que vino a la tierra a padecer y morir, para que reunidos en torno suyo, en la justicia y el amor, animados de los mismos sentimientos de mutua caridad, todos los hombres vivan en paz y felicidad. Mas con autoridad suprema puso por condición de esa felicidad temporal y eterna, ser de su rebaño, aceptar su doctrina, practicar la virtud y dejarse enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Además, si Jesús fue bueno con los extraviados y pecadores, no respetó sus convicciones erróneas, por sinceras que parecieran: los amó a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si llamó a Sí, para aliviarlos, a los que padecen trabajos y dolores, no fue para predicarles la emulación de una igualdad quimérica. Si levantó a los humildes, no fue para inspirarles el sentimiento de una dignidad independiente y rebelde a la obediencia. Si su corazón rebosaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, no dejó de encenderse en santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeñuelos, contra las autoridades que abruman al pueblo con el peso de cargas incompensables, sin que ellos pongan el dedo para ayudarlas a levantar. Fue *tan enérgico como manso*; regañó, amenazó, castigó, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el principio de la sabiduría y que conviene a veces cortar un miembro para salvar el cuerpo. En fin, lejos de anunciar para la sociedad futura el reinado de una felicidad ideal, de donde estuviera el dolor desterrado, trazó con la palabra y el ejemplo el camino de la felicidad posible en la tierra y de la bienaventuranza perfecta en el cielo; el camino real de la Santa Cruz. Enseñanzas son éstas que sería error aplicar únicamente a la vida individual en orden a la salvación eterna, pues son también eminentemente sociales y nos muestran en Nuestro Señor Jesucristo algo más que humanitarismo sin consistencia y sin autoridad.

#### La cuestión social

### no estriba tanto en la exigencia de los derechos, como en el cumplimiento de los deberes

43. Vosotros, Venerables Hermanos, proseguid activamente la obra del Salvador de los hombres con la imitación de su mansedumbre y de su energía. Inclinaos a todas las miserias, ningún dolor escape a vuestra solocitud pastoral,

ningún lamento os halle indiferentes. Pero predicad también denodadamente a grandes y pequeños sus deberes; a vosotros toca formar la conciencia del pueblo y de los Poderes públicos. La cuestión social estará muy cerca de su solución cuando unos y otros, menos exigentes de sus derechos, cumplan exactamente sus deberes.

**Los sacerdotes que se entreguen al estudio del problema social deben evitar el engaño de la falsa Democracia**

44. Además, como en el conflicto de intereses, y especialmente en la lucha con fuerzas de mala fe, ni la virtud ni aun la santidad bastan siempre a asegurar al hombre el pan de cada día, y como los engranajes sociales deben ordenarse de suerte que con su juego natural paralicen los esfuerzos de los malvados y haga asequible a todos los hombres de buena voluntad su parte legítima de felicidad terrena, ardientemente deseamos que a este fin os intereséis activamente en la organización de la sociedad. A esta causa, en tanto que vuestros sacerdotes se entreguen con celo a la santificación de las almas, a la defensa de la Iglesia y a las obras de caridad propiamente dichas, escogeréis algunos de ellos activos y de espíritu ponderado, provistos de los grados de doctores en filosofía y teología, perfectamente instruidos en la historia de la civilización antigua y moderna, y los dedicaréis a los estudios menos elevados y más prácticos de la ciencia social para ponerlos, en tiempo oportuno, al frente de las obras de acción católica. Mas cuiden esos sacerdotes de no dejarse extraviar en el dedalo de las opiniones contemporáneas por el espejismo de una falsa democracia; no tomen de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo un lenguaje enfático lleno de promesas tan sonoras como irrealizables; persuádanse que la cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer; que en todas las edades la Iglesia y el Estado, al concertar felizmente, suscitaron para el bienestar de la sociedad organizaciones fecundas; que la Iglesia, que jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que desligarse de lo pasado, antes le basta anudar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución, y adaptarlos con el mismo espíritu cristiano de que estuvieron animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea; porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios ni novadores, sino tradicionalistas.

45. A esta obra eminentemente digna de vuestro celo pastoral deseamos que la juventud de «Le Sillon», no sólo no ponga obstáculo alguno, sino que, desasida de sus errores, aporte en el orden y sumisión convenientes, su leal y eficaz concurso.

**«Le Sillon» deberá convertirse en grupos diocesanos de «sillonos» católicos, dóciles a las directrices de la Jerarquía**

46. Volviéndonos ahora, pues, a los jefes de «Le Sillon», con la confianza de un padre que habla a sus hijos, les pedimos por su bien, por el de la Iglesia y de Francia, que os cedan su puesto. Nós medimos ciertamente la extensión del sacrificio que de ellos solicitamos, pero sabemos que son bastante generosos para realizarlo, y de antemano,

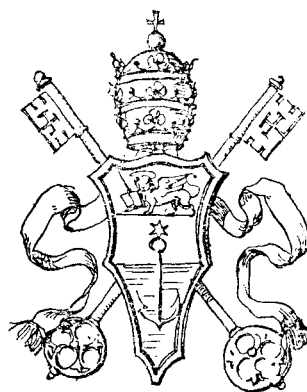
en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de quienes somos el representante indigno, les damos por ello nuestra bendición. Cuanto a los miembros de «Le Sillon», queremos que se agrupen por diócesis para trabajar bajo la dirección de los obispos respectivos así en la regeneración cristiana y católica del pueblo, como en el mejoramiento de su suerte. Estos grupos diocesanos serán, por el pronto, independientes unos de otros, y a fin de demostrar bien que han roto con los errores pasados, tomarán el nombre de *Sillonos católicos*, y cada uno de sus miembros añadirá a su título de *sillonista* el mismo calificativo de *católico*. Por supuesto, que todo sillonista católico quedará libre de conservar, por otra parte, sus preferencias políticas, depuradas de todo lo que en la materia no sea enteramente conforme con la doctrina de la Iglesia. Que si hubiese grupos, Venerables Hermanos, que se negasen a someterse a estas condiciones, deberíais, por el mismo caso, entender que se niegan a vuestra dirección; y entonces habría que examinar si se ciñen a la política o economía pura, o si perseveran en sus antiguos errores. En el primer caso, es claro que no os habríais de ocupar en ellos más que en el común de los fieles; en el segundo, deberíais proceder en la forma consiguiente, con prudencia, pero también con firmeza. Los sacerdotes habrán de mantenerse totalmente apartados de los grupos disidentes, contentándose con prestar los auxilios del santo ministerio individualmente a sus miembros y aplicarles en el tribunal de la penitencia las reglas comunes de la moral relativas a la doctrina y a la conducta. Cuanto a los grupos católicos, los sacerdotes y seminaristas, si bien los favorecerán y secundarán, se abstendrán, no obstante, de agregarse a ellos como miembros; porque conviene que la milicia sacerdotal se mantenga en una esfera superior a las asociaciones laicas, aun las más útiles y animadas del mejor espíritu.

47. Tales son las providencias prácticas con que hemos creído necesario sancionar esta Carta acerca de «Le Sillon» y de los sillonistas. Que el Señor se digne, como se lo rogamus del fondo del alma, hacer entender a esos hombres y a esos jóvenes las graves razones que la han dictado, que les dé la docilidad del corazón, con el valor de probar a la faz de la Iglesia la sinceridad de su fervor católico; y a vosotros, Venerables Hermanos, que El os dé a sentir para con ellos, pues son en adelante vuestros, los afectos de un corazón enteramente paternal.

48. En esta esperanza y para alcanzar tan deseables resultados, Nós os concedemos de todo corazón, así como a vuestro Clero y a vuestro pueblo, la Bendición Apostólica.

49. Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de agosto de 1910, año octavo de Nuestro Pontificado.

PÍO PAPA X





## Un caso de conciencia literario

III

### Argumentos de razón

*Al reemprender la publicación de este estudio, fragmentado en una serie de artículos por la índole de nuestra revista, ofrecimos un esquema sinóptico de su contenido general (véase el número 245-246), pero debido a un error involuntario, que nuestros lectores habrán subsanado fácilmente, se decía entonces que tal esquema correspondía al original ya publicado, cuando en realidad hace referencia, como resulta evidente de su sola lectura, al conjunto entero de los artículos: los publicados y los inéditos todavía. Al mismo tiempo nos permitimos advertir que no nos ha sido posible terminar esta publicación en el presente número, de suerte que la conclusión de la serie tendrá lugar en el próximo.*

Aunque en los argumentos extrínsecos de autoridad, con que primeramente hemos probado nuestra proposición, se han insinuado a la vez algunos de razón, con que en los testimonios sucesivos corroboraban sus autores las sentencias condenatorias del criterio y proceder contrarios a nuestra tesis; conviene alegar ahora de por sí y formando cuerpo, siquiera sea en sucinto esquema, los principales argumentos intrínsecos, basados en los principios inconcusos de la Teología moral cristiana.

En el modo de proponerlos nos acercaremos al método seguido en las aulas y disputas de la Filosofía escolástica, por juzgarlo el más a propósito para llevar la convicción a las mentes de cuantos nos leen con buena voluntad y seria intención de penetrar la verdad y toda la verdad, con todas sus consecuencias. Hasta creemos que hoy día las inteligencias avezadas a la precisión y exactitud científicas, quedan más satisfechas si en cuestiones de Moral se les presentan las tesis con severidad dialéctica.

*Argumento primero:* fundado en la malicia del pecado de escándalo.

Aquel que induce eficazmente al prójimo a pecar, peca contra la caridad debida al prójimo; porque le pone en ocasión de incurrir en el mayor de los males, que es el pecado. Es así que el que alaba públicamente los méritos, aun solamente los literarios, de un autor abiertamente impío o inmoral, induce eficazmente, dada la humana fragilidad, al prójimo a pecar; porque, al recomendarle el mérito literario de tal autor, le inclina a leerlo, y a contagiarse con la impiedad o inmoralidad

de la lectura. Luego, el que alaba a un autor abiertamente impío o inmoral, peca contra la caridad debida al prójimo, y peca de sí gravemente.

La voz *escándalo* es una voz griega que significa *tropiezo*. El que escandaliza al prójimo, le pone en el camino de su vida moral un tropiezo en que tropieza y cae. El escándalo se llama *directo*, cuando el que escandaliza se propone que el prójimo peque, ya en cuanto el tal pecado es una ruina espiritual del prójimo (y entonces se da el escándalo *diabólico*, imitando la intención con que el demonio intenta el pecado como pecado), ya en cuanto del tal pecado saca el escandaloso gusto o provecho. Llámase el escándalo *indirecto*, cuando el que escandaliza no se propone que el prójimo peque, sino, previendo el pecado del prójimo, no se abstiene de hacer algo de lo cual, por la misma índole de la cosa, se seguirá el tal pecado.

Notorio es que la gravedad del pecado de escándalo crece, cuando cunde entre muchos, como acaece en el escándalo producido por los libros impresos. Un crítico que elogia los méritos literarios de un libro, ¡a cuántas personas, mal inclinadas al mal, o peligrosamente curiosas o incautas, no pondrá en contacto con la letra de molde envenenada! Y, si tan imprudentes elogios se publican en revistas o periódicos de gran circulación, allí quedarán como en acecho, en espera de lectores en cuyos oídos vuelvan otra y otra vez a insinuarse, con reiterado peligro de nuevo escándalo.

Y nada digamos de los casos en que no es un cualquiera el que encarece los valores de un escritor malo,

sino una persona de firma acreditada, y mucho más si el encarecedor fuera una persona conocida por sus ideas católicas, y hasta un sacerdote o un religioso. Cualquiera ve el daño más irreparable que irrogaría a una gran parte de público; el cual, fiándose del criterio de quienes dan fianza de tenerlo seguro por su extensa cultura católica y aun por su magisterio eclesiástico, leería a mansalva los escritos escandalosos y bebería a grandes tragos el mortífero veneno. De ahí la responsabilidad terrible que contraen los críticos católicos y aun los profesores que, habitualmente y sin las salvedades imprescindibles, prodigan sus encomios a los escritores de fondo deletéreo. Un doble escándalo causan, pues los católicos se escandalizan de las alabanzas salidas de unos labios que habían de fulminar condenaciones. Críticos tan despreocupados no caen en la cuenta de que están haciendo el caldo gordo a esas generaciones de literatos inicuos cuyas obras y cuya fama desmedida han subido y subido por haberlos encaramado la consigna masónica a que antes aludíamos. Cosa es que entristece el ánimo ver cómo los hijos de la luz se alían con los hijos de las tinieblas, siquiera no se percaten de ello, ignoramos si por incuria o por bobería. Si los alumnos de Centros católicos, y hasta religiosos de enseñanza, salen con las cabezas aturdidas a fuerza de tan resonantes ditirambos entonados a unos autores tan malhechores de la sociedad, ¿no corren verdadero peligro de que luego, sin dirigentes que les tachen tantas páginas repletas de tósigo, se den a leerlas todas sin distinción, por el motivo de estar escritas por escritores afamados? Y ¿no sucederá que, acostumbrados a no oír tributarse aplausos sino a esos autores, ignoren o miren con desdén a otros escritores no desprovistos, ni mucho menos, de mérito literario, pero cuyos nombres no se los han mentado o, peor aún, se los han citado entre ludibrios y desdenes? ¡Ah! Del bien que dejará de hacerse, máxime en la juventud, y de la cizaña que en ella crecerá, saldrá, el día de mañana, responsable la conciencia de los panegiristas de lo malo y silenciadores de lo bueno.

*Argumento segundo, fundado en la malicia del pecado de cooperación:*

*Cooperación* al pecado de otro se llama el concurso que presta uno a la mala acción que otro comete. En nuestro caso, el escritor de libros abiertamente impíos o inmorales es el que pone la acción mala, induciendo al pecado: el que encarece los valores, aun sólo los literarios, de semejantes libros, coopera con los autores, en cuanto con sus encarecimientos presta su ayuda al autor para que esos libros



se lean y divulguen y tienten al mal.

Será *formal* la cooperación, si el loador intenta concurrir con su ayuda a la malvada intención que el autor tuvo de poner lazos a la inocencia. Será *material*, si con sus elogios no pretende ayudar al logro del pecado, sino simplemente a la acción objetivamente mala del autor, pero no a su mala voluntad, si de hecho la tuvo.

La cooperación *formal* al pecado en el crítico malicioso es a todas luces ilícita. La cooperación *material* a la acción objetivamente mala del autor impío o inmoral, sólo se excusaría de pecado, cuando se diese causa proporcionalmente grave para concurrir a la mala acción, permitiendo y no queriendo el escándalo. Mas esta hipótesis no se da en el caso que estudiamos, porque apenas puede asignarse causa justa para alabar sin restricciones ni salvedades los méritos de obras gravemente perniciosas. Ni siquiera parece que se libraría de pecado un hijo que, para sustentar a su padre, privado de medios de vivir, recomendase sus libros fracamente impíos o inmorales: a menos que, habiendo escrito su padre libros gravemente y levemente malos, recomendase en general y a bulto sus obras.

*Argumento tercero, fundado en los inconvenientes que trae a la sociedad una habitualmente errada estimación de los valores superiores e inferiores.*

Quien pervierte el criterio o modo de juzgar sobre las cosas agibles, perjudica a sus prójimos sobre manera: porque, guiándose el hombre en su obrar por lo que él juzga, se torcerá en sus obras, si su criterio está torcido. Es así que el loador de los méritos literarios de un libro abiertamente impío o inmoral, haciendo caso omiso de su fondo malvado, pervierte el criterio de sus prójimos; porque les acostumbra a que antepongan en su estima los valores meramente naturales y humanos a los valores sobrenaturales y espirituales. Luego el tal loador perjudica notablemente a los demás; ya que no faltarán muchos a quienes, con tal de gustar la poesía o el estilo de una obra infame, no se les dará un bledo que su propia fe o su propia virtud padezca menoscabo.

Ahí se esconde, o mucho nos engañamos, la causa más secreta, pero la más verdadera, de que, en el día de hoy, tantos críticos literarios y artísticos procedan en sus juicios tan desenfadadamente, tan libremente... atrevámonos a pronunciar la dicción exacta, tan *anticristianamente*. En el comercio de la circulación crítica andan por lo común tan innoblemente despreciados los valores de legítima marca espiritual, que casi no se los toma en consideración. ¡Lástima grande! Se los mira, por muchos, a lo más, por

su faceta artística, por su interés histórico o folklórico. De frente, y proyectando sobre ellos la luz sobrenatural del Evangelio — la única que, dándoles de lleno, los enfoca como Cristo los enfocó — de ese modo, ciertamente, una inmensa parte de la Crítica se resiste a mirarlos. Los hechos comprobantes de este nuestro aserto se registran a diario y con alarmante profusión. El proceder así está, sencillamente, de moda. La contraria conducta, es decir, el concederse atención en la Crítica a los valores que en el Cristianismo se cotizan a alto precio, se mira con gesto de extrañeza: casi es una excepción. Y, ¡cosa paradójica!, muchos de los críticos y de los directores y colaboradores de revistas que en sus juicios prescinden del auténtico sentir cristiano, de cristianos se precian. ¡Cuántas máscaras de cristiandad a horas fijas!

Se acogerá, por ejemplo, con todos los honores en una revista ilustrada un estudio encomiástico, que llene más de una página, acerca de la gran figura del siglo XII: San Bernardo de Claraval; se pintará con valientes rasgos la oposición de su espíritu al espíritu mundano; se pondrá, al fin, por colofón, esta frase, dictada por una valoración muy recta: "sólo el temple de San Bernardo salvará la Cristianidad, la cual es para nosotros el valor máximo acá en la tierra". ¡Bravísimo! Por un momento nos creemos en el zenit cristiano. Mas, ¡oh desilusión!, en la primera página de ese mismo número, en la página de la portada, que es la que lucirá en los kioscos, se exhibirá la imagen mundanísima de una foto captada en las playas veraniegas de Sitges; y al pie del procaz desnudismo femenino, algo, sí, disimulado por la sombra, correrá esta leyenda epicúrea: "En las plácidas costas es frecuente la estrecha armonización de las gentiles líneas femeninas con el esplendor de la naturaleza estival." ¿No habíamos quedado en que el temple del gran aborrecedor del mundo, Bernardo, es lo que nos había de salvar? Pues ¿cómo se compagina con eso el loor tributado — con toda publicidad — a la nefasta licencia de costumbres, causa de tantas ruinas espirituales, que, con la excusa de artística belleza, inadmisibles en plena valoración cristiana, no se duda en exhibir?

No queremos pasar de corrido por este contraste de ideologías gentiles y cristianas. O confiésete valientemente que, antes de todo y por encima de todo, se han de salvar los valores cuya salvación peligra con tal libertinaje: los de las almas, el de la gracia divina que con el pecado producido por esos escándalos se pierde, el valor del respeto debido a la Ley de Dios que con

tales pecados se pisotea, el de la gloria de Dios que con tal proceder se menoscaba; o confiésete, digo, todo esto, como confesarlo debe todo cristiano, o téngase pecho para proclamar que todos esos valores han de ceder y arrumbarse, con tal de que sigan boyantes las imposiciones del mundo, del demonio y de la carne, los tres enemigos del alma. Pero nadie sueña en conciliarlas con los preceptos y normas del Fundador del Cristianismo. Imperterrita seguirá fulgurando la máxima salida de labios de aquel nuestro Señor Jesucristo que valía rectísimamente las cosas en lo que valen. "¿Qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?" (1). Llega uno a pensar si se ha perdido ya entre muchos cristianos hasta la noción de pecado, en que incurre quien escandaliza poniendo delante escenas y figuras tentadoras, y hasta la idea de "salvación del alma", que envuelve la alusión a un peligro; o si nos hemos olvidado de que el hombre está inclinado al mal desde su mocedad (2). Seríamos pelagianos de hecho, aun ignorando que existió la herejía de Pelagio.

Pensemos, lectores míos, con genuino pensar católico. Estimable es, por cierto, la Literatura y el Arte y la Belleza; pero mucho más, incomparablemente más estimable es el alma. Si el hombre viviese en el estado de la inocencia paradisíaca, le serían lícitas no pocas de las cosas que ahora, por ponerle en peligro próximo de pecar, están vedadas al menos para una máxima parte del género humano. En el conflicto que ahora en realidad se le crea entre algunas de esas excelencias naturales, temporales y humanas, y la excelencia del alma, portadora de valores eternos, el cristiano sabe de sobra qué es lo que debe ceder. Dios no las destruye, sino deja que existan, no para que el hombre use de ellas gozando de su aspecto y posesión, sino absteniéndose con fuerte voluntad.

¿Con qué acierto discurrían en este trascendental asunto los Santos — los verdaderos intelectuales de la ciencia de la salvación —. Solícito andaba en cierta ocasión San Ignacio de Loyola por atajar tanta perdición como causaban en la Roma de entonces las mujeres perdidas. Y, como algunos, nos cuenta Rivadeneira, dijese al Padre que por qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio de aquellas infelices, que como tenían hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban a ellos, les respondía él: "No tengo yo por perdido este trabajo, antes os digo que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de éstas quisiese pa-

(1) Mt., XVI, 26.

(2) Gen., VIII, 21.

## EL BIELDO Y LA CRIBA

sar sólo una noche sin pecar, yo los tendría todos por bien empleados a trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la Majestad infinita de mi Creador y Señor, aunque supiese cierto que luego se había de volver a su torpe y miserable costumbre" (3).

Ese mismo celo por evitar cualquier ofensa de Dios, nacido de una vivísima aprehensión del valor del alma y de la infinita Majestad y Autoridad del Señor contra la que atenta la culpa, despliegan aquellos escritores que, entristecidos por las funestas consecuencias del escándalo en los fieles, no vacilan en remar contra corriente, levantando su voz en protesta de un proceder de la crítica que, no por ser ya corriente, deja de ser enormemente dañino. Dignos sucesores son ellos de tantos autores de libros de nuestra literatura ascética, a cuyas páginas convalidaría se asomase alguna vez los críticos desaprensivos, para que, desengañados con los anatemas que allí se lanzan contra el pecado y la temeridad de poner y ponerse en ocasión de pecar, y con las encendidas apologías de la gracia divina, recobrasen o afianzasen el criterio evangélico sobre esos conceptos, repetimos, ahora casi olvidados por muchos, del *pecado* y de la *vida en gracia*. Y, para recomendar una obra española que vale por muchas, consulten el clásico tratado del P. Eusebio Nieremberg sobre el *Aprecio y estima de la divina gracia*. Iluminados como estaban aquellos autores con las ilustraciones del cielo, hablan a lo divino y agotan la materia. No le parece al piadoso autor de ese libro que el alma hace demasiado para librarse y librar a otros del mal mayor de todos que es el pecado, renunciando a todos los gustos de este mundo, y poniéndose a todos los trabajos imaginables en razón de conservar para sí y los demás el tesoro de la gracia. Oigámosle, que vale la pena.

"No nos piden mucho, por librarnos de tanto mal como la culpa, y conseguir tanto bien como la gracia, en que dejemos, si fuere menester, todas las cosas y nuestro gusto y aun nuestra misma vida. ¿Es mucho que dejes la ocasión y mudes de casa o de puesto, pues por la salud mudaras lugares y reinos, si fuera menester? ¿Es mucho que cumplas lo que aconseja Cristo, que, si te escandaliza uno de los dos ojos, que lo saques; y si te escandaliza un pie, que te lo cortes; pues por sanar de un cáncer te lo dejarías aserrar, y por un dolor de piedra te dejaras rasgar la carne y partir por medio?... No es para reirse, por cierto, la sangre de Cristo que se nos aplicó en los Sacramentos: no es para hacer burla la excelencia de la gracia que alcanzamos: no son cosa de risa los tormentos que por los pecados merecemos" (4).

(3) *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola*, por el P. Pedro de Rivadeneira, libro III, cap. IX.

(4) Libro V, caps. IV y V.

Lejísimos andan, pues, ahora del espíritu cristiano quienes, infatuados con el brillo engañoso de cualesquiera brillantes literarias, incitan con sus encarecimientos a que el público, máxime la juventud y la niñez, de sí más flacas y más escandalizables, se enfrasque en unas lecturas de las que saldrán abrasados en llamas de lascivia, o entenebrecidas sus mentes por tentaciones contra la fe. No parece, por lo visto, sino que tales críticos, alejado de sí el temor de Dios, repiten, ya que no con la voz sí con la conducta, aquel verso que, ligeramente variado, reproduce el de un poeta suicida:

"Que haya un pecado más, ¿qué importa al mundo?"

No nos arrepentimos de habernos alargado en estas últimas ponderaciones; pues cuantos anhelamos que se viva un cristianismo integral nos lamentamos de consuno ante el hecho deplorabilísimo, no solamente de cometerse tantos pecados — siempre los ha habido, por desgracia, en el mundo —, sino de haber concedido al pecado esta sociedad depravada los derechos de ciudadanía, por no creerlo ya reprochable e infamante. Ese criterio equivocadísimo es lo que con mayor urgencia y empeño es preciso en todas partes corregir y enderezar. No es que con sólo ilustrar las mentes desaparecerían, como por ensalmo, las iniquidades. Queda siempre, como ya se quejaba San Pablo, la flaqueza de la voluntad, por la cual el hombre, a veces, con irrisoria falta de lógica, peca y cae. Pero, si el criterio se le conserva recto, pronto la deformidad de su proceder le dará en los ojos, y el remordimiento de una conciencia bien formada le hará entrar en sí, al menos con el estímulo del santo temor de Dios.

Este deseo de reformar el criterio religioso y moral en la cuestión de la crítica literaria, es el que nos ha despertado el afán de amplificar señaladamente el argumento fundado en los gravísimos inconvenientes que a la *sociedad* trae una habitualmente errada estimación de los valores superiores e inferiores.

Añadimos, por remate, que, por caridad al prójimo, quien le escandalizó llevándole con sus críticas laudatorias a leer con perjuicio de su fe o de su honestidad, libros malos, debe, para reparar en lo posible el escándalo, abstenerse en lo sucesivo de tales críticas; avisar, si hablare de aquellos autores, del peligro grave que su lectura entraña para el espíritu; y recomendar, hallada ocasión oportuna, los méritos literarios, y sobre todo cristianos, de otros autores católicos y edificativos, con frecuencia tan injustamente silenciados, o tan tibiamente citados.

Hasta aquí, los argumentos de razón.

### OBJECIONES

*Solución de las dificultades que suelen ponerse contra nuestra tesis*

Después de probada nuestra tesis con argumentos convincentes de autoridad y de razón, queda el camino expedito para venir a lo último, que es citar a los adversarios, prestar oídos a sus objeciones, y brevemente rebatirlas. Y decimos *brevemente*, porque en la misma explicación de las pruebas se contienen implícitamente las soluciones. ¡Qué de veces basta esclarecer los conceptos para que se haga luz alrededor de una porción de prejuicios, nublados y falsas opiniones!

### UNA RESPUESTA ANTICIPADA

Ante todo ahorremos tiempo inútil, anticipando una respuesta a una réplica inicial con que se pretende censurar lo que llaman nuestra cerril incompreensión del mérito literario.

Damos de barato ese mérito *literario* real de los escritores abiertamente impíos o inmorales, siempre y cuando lo reconocen de consuno los críticos *autorizados e imparciales*, y lo prueban las razones fundadas en una teoría del arte literario, cimentada asimismo — ¡atención a esto! — en los principios universales e inconcusos de una *Filosofía sana del Arte literario*. Porque es muy de advertir, para diferenciar el oro de ley del oropel, que la Estética novísima se rige sobre todo por los datos muy relativos de una Psicología empírica, al paso que la Estética racional se mira con desdén. Pero, si los materiales de las noticias o datos no se ordenan e ilustran a la luz de las ideas universales; si las obras literarias no se juzgan con la norma de las ideas universales: nunca se pondrá fin a la general incertidumbre, fluctuación y confusión, tanto en la crítica como en la producción estética, y aun en la misma Estética científica. De lo cual se infiere que en el Arte literario no es oro todo lo que reluce.

Pero, en fin, supongamos que una Crítica seria y desapasionada ha dado ya su veredicto sobre el mérito *verdadero* de algunos de esos escritores y en aquellas de sus obras en particular sobre las cuales lo haya pronunciado, como en no raras ocasiones acaece. Pues bien: en todos esos casos de mérito innegable no se nos reproche de que cerremos tercamente los ojos para no verlo. No los cerramos. — Leemos, por ejemplo, con fruición estética, en la novela de Blasco Ibáñez *En el país del Arte*, capítulo dieciséis, titulado

"Ciudad eterna", la magnífica y hondamente sentida descripción de Roma. — Lo que decimos es que la realidad de esa excelencia estética cae fuera de los límites de nuestra cuestión. No hemos analizado y dirimido una cuestión técnica de Literatura, sino un caso de conciencia de Moral. Esta cuestión la planteamos, desde un principio, preguntando si era lícito (en las circunstancias que quisimos delinear con cuidado) alabar ese mérito real; y dejamos probado que se comete una gran imprudencia, y en muchos casos una culpa, esparciendo a todos los vientos sus loores. Esto lo reconocieron hasta los mismos luteranos, en el siglo XVI, aun respecto de algunos de aquellos libros de la clásica Literatura que entonces se estimaba en tanto (5).

Y, por cierto, que en lo de confesar paladinamente los méritos literarios allí donde ellos brillan, cuando de ahí no se hayan de seguir los perjuicios que de ordinario se siguen, no han de darnos lecciones nuestros contrarios. Ellos son, al revés, quienes con harta frecuencia se los niegan, o se los regatean, o se los silencian, a los escritores de ideología y moral católica, aprovechando para ello todas las coyunturas, oportuna o importunamente (6). Aunque, para decir verdad, ya se encarga el tiempo, sereno juez de méritos y deméritos, de ir depurando las cosas, devolviendo la fama a quienes a punta de lanza se la ganaron, y despojando de ella a quienes se adornaron con plumas artificiales, como el grajo de la fábula. Donosamente discurría muchos años ha el popular publicista católico Sardá y Salvany, cuando, a raíz del triunfal viaje por Italia del tristemente célebre escritor Gioberti, escribía:

"¿Quién recibió durante su vida tantos honores y ovaciones; cuantas no sabemos que jamás otro literato haya recibido en Italia? ¿Qué viaje el suyo tan verdaderamente triunfal! Si hubiese sido Platón en persona que, vuelto a la vida, hubiese recorrido nuestra Península, no hubiera podido gloriarse de recibimientos más honoríficos que los que fueron tributados al filósofo turinés. ¿Y hoy? Hoy sus obras están casi olvidadas; porque, a excepción de alguna, ¿quién lee sus obras? ¿Quién piensa en

(5) El luterano Gesner escribía en 1544: "Los epigramas de Marcial los he expurgado en los libros destinados a las clases". (Citado por el teólogo católico Greiser, el encargado por Felipe II de publicar su Índice expurgatorio de los libros heréticos en 1571).

(6) Así en el Diccionario de la Literatura, de Sainz de Robles, al enjuiciar el crítico correspondiente, la figura de Pardo Bazán, se explica así: "El P. Blanco García, Valera, Alarcón, Pereda, y otros muchos astros de menor magnitud atacaron con saña a la gran escritora. Felizmente para ella, con sus hermosas novelas naturalistas demostró bien a las claras cuáles eran sus aspiraciones. El chungón Alarcón, el ácido Pereda, el pedantuelo Blanco García, quedaron en ridículo". ¿Hase visto? ¿Echar a burlas, con el calificativo de "pedantuelo" al gran crítico agustino, y dejarle para necio! Así tratan ellos a los nuestros, y se resentían luego de que los nuestros, haciendo justicia, les reconvenían por sus abusos, si bien, de ordinario, con más urbanidad.

reimprimirlas? Tal sucederá con muchos otros que hoy están en boga, y que son ídolos del momento, en favor de quienes un conjunto de circunstancias favorables han hecho que todas las manos se uniesen para quemar incienso; pero ídolos que, no teniendo en sí mismos la vida y la fuerza, están sujetos a los caprichos de la moda. Son colosos de pies de barro; y después de haber crecido algo, el primer guijarrillo que dé contra sus pies los precipitará del pedestal, para dar lugar a otro, a quien está reservada, poco después, la misma suerte" (7).

En cambio, hoy mismo vemos aparecer ediciones de las *Obras completas* de escritores católicos, a quienes

(7) *Revista popular*, 1897, núm. 1326.

daban los impíos por sepultos para siempre.

1. — *¿No se recomiendan los escritores de la pagana antigüedad clásica, y especialmente por la Iglesia Católica?*

Pues se acaba de aludir en nota a un autor clásico latino, bien poco recomendable ciertamente por el aspecto moral, toquemos esta primera objeción, aunque muy de paso, porque no vale la pena detenernos: es muy baladí.

ARTURO M.<sup>a</sup> CAYUELA, S. I.

Colegio-Noviciado de Ntra Sra. de Veruela  
Borja (Zaragoza)

(Terminará)

## MEDITACIONES EN TORNO AL BARROCO

UN CRÍTICO QUE VUELVE A SU TRINCHERA. — Leyendo la obrita reciente de Guillermo Díaz Plaja, he pensado: "¡He aquí a un crítico que vuelve a su trinchera!".

Lamentaría que ustedes dieran a mis palabras una interpretación torcida. No he imaginado ni por un momento que Díaz Plaja hubiera abandonado su actividad. Me refiero solamente a uno de los ensayos que contiene este jugoso librito editado por BARNÁ (1): el que se titula *SOBRE EL ESPIRITU DEL BARROCO*, con un primer subtítulo *Trece años después*.

El crítico vuelve a su tema, más que a su trinchera. Creo que ahora me he expresado con más propiedad.

Se refiere a las discusiones que motivó su obra *El espíritu del Barroco*. "Las actitudes más ariscas han sido provocadas por el segundo de mis ensayos: *Un posible factor racial en el Barroco*. Título cauteloso, si los hay, acompañado de un suasorio exordio en el que, una vez más, pide se de cuenta el lector del carácter especial del asunto que trata y del modo que lo acomete. La sorpresa que, en algunos círculos, ha producido esta segunda interpretación es especialmente curiosa porque parte de un estupefando desconocimiento acerca de una cuestión perfectamente debatida y estudiada ya en todos los ámbitos culturales. La historiografía del Ocho-cientos está llena de este tema que, a partir de Otto Weininger ha tomado un carácter menos polémico y más científico. Weininger estudia, en efecto, lo judaico como actitud espiritual..."

Díaz Plaja, en síntesis, pretendió

(1) Guillermo Díaz Plaja: *Defensa de la Crítica y otras notas*. Editorial BARNÁ.

en su obra relacionar el pesimismo de Gracián y ciertos valores estéticos de la poesía gongorina, con el espíritu hebreo. Reconozcamos que no afirmó que Góngora y Gracián fueran judíos: se limitó a insinuar que unas gotas de sangre judía podían ser la explicación de una actitud negativa ante la vida y de una actitud ambiciosa y agotadora ante el mundo del arte.

El amargo pesimismo de Gracián: su concepción negativa de la realidad. La voluntad de crear imágenes y de recargar de imágenes su obra, en Don Luis de Góngora y Argote. Ambas, posibles expresiones de un fermento judío.

No pretendo discutir: ni adentrarme en el tema de la influencia de lo hebraico en la moderna disgregación del arte. Pero creo oportunas algunas consideraciones.

Si ese amargo pesimismo que expresa la obra del escritor aragonés, fuera algo que le perteneciera exclusivamente, nos sería más fácil ceder a la incitante sugerencia. Pero ocurre algo verdaderamente sorprendente: si profundizamos en la Historia literaria española, desde la Edad Media hasta nuestros días, desde los libros traducidos al castellano en tiempo del Rey Sabio, hasta el actual tremendismo — inmoral y destructor — que representa, por ejemplo, la novela de Camilo José Cela, nos encontramos por doquier con el mismo fenómeno.

Amplias zonas de nuestra literatura están impregnadas de ese amargo y desolador pesimismo: ya revista la forma del cinismo más descarado — como en la novela picaresca —, ya adopte vestiduras de un ascetismo (muy poco cristiano, de pura desesperación).

Pensemos rápidamente en algunos nombres y en algunas obras. Queve-

do, que lanza el grito de alarma contra los judíos, crea una obra satírica llena del pesimismo más brutal. La realidad en manos de Quevedo se degrada: lo natural baja a lo infranatural... Quevedo es un satírico desengañado que goza arrancándole a la vida su careta: debajo de ella, nos brinda un montón de basura.

Si pensamos en los cuadros — repelentes — de *Los sueños* o del *Buscón*, más que hablar, como puede hacerse, de un moralista cristiano que expresa, pintando a la vida en sus aspectos oscuros, su desengaño, podemos hablar de una concepción maniquea de la Creación.

No he imaginado nunca a un asceta o a un santo cristiano dotado de una visión tan brutalmente negativa de nuestra pobre vida temporal, como este enorme desengañado que se llama Don Francisco de Quevedo.

Lo material no sólo es inimportante, es sucio, repelente, *malo*. Y, con razón, sentimos como si hubiera un demiurgo malvado creador de la materia detrás del mundo que nos brinda el satírico Quevedo (no hablo del Quevedo tratadista: es otra cosa).

Pero ese maniqueísmo desenfundado lo vemos aparecer en la Literatura Española precisamente en un libro oriental, traducido por una escuela de semitas: los traductores de Toledo. Se me antoja que el pesimismo trágico español aparece en el *Calila y Dimna*. El *Calila y Dimna*, un libro de moral práctica que llega a través de diversas traducciones nada menos que de la India.

Pesimismo de la vida temporal: pero este pesimismo se expresa con una brutalidad — que raya en lo obscuro — en el llamado prólogo de Berzebucy. El prólogo de Berzebucy nos presenta una concepción profundamente pesimista de la vida del hombre. La aventura temporal del hombre: con un origen repugnante, expresado con sucia desnudez. Y la miseria temporal del hombre.

Una concepción profundamente amarga de la vida.

Empleando un vocablo de moda, diré que el prólogo del *Calila y Dimna* es ya *tremendista*. ¡Cuánto tremendismo en la Literatura española! Tremendismo en la Edad Media, en la Celestina, en la picaresca, en la poesía satírica del barroco, en el infranaturalismo barroco, en el inmoralismo acartonado de Valle Inclán!...

El tremendismo — por expresivo del desengaño que sea — no tiene absolutamente nada de cristiano. La negación radical y desesperada de la aven-

tura temporal del hombre puede pertenecer al dualismo gnóstico, no al sentimiento cristiano de la vida.

EL SENTIMIENTO CRISTIANO DE LA VIDA. Y ahora que me ha brotado como al correr de pluma eso del sentimiento cristiano de la vida, creo bueno recordar que el sentimiento trágico, como sistema, no tiene nada que ver con el verdadero cristianismo.

Un corresponsal en Madrid de un periódico extranjero, se convirtió un buen día en adalid de la fama de Unamuno frente al grito de atención de los obispos españoles. A la maniobra de que formaba parte su comentario, yo la llamaría "operación Unamuno".

La "operación Unamuno" consiste en excitar los ánimos de la juventud española — con más entusiasmos que profundidad de conocimientos — alrededor de un escritor convertido en una figura mártir a quien el Catolicismo español se goza apedreando después de la muerte.

La colaboración en la maniobra parte o de intención torcida o de ignorancia radical. Aun sin salirnos del campo puramente humano, Unamuno — con su desesperación elevada a sistema y su angustia sin salida — es un enemigo de la humanidad. Un enemigo de la alegría, del gozo, de la paz temporal del hombre. Que todos los enemigos del Cielo son, a fin de cuentas, implacables enemigos de la misma vida terrenal.

LA IMAGINERÍA DE GÓNGORA. — Pero dejemos esta digresión. Oportuna: hablando de optimismo y pesimismo, de afirmación y negación de la existencia... Y que ninguno me acuse de haber montado de golpe y porrazo una pequeña inquisición acusando de judaísmo al autor del "Sentimiento trágico".

Volvamos a las insinuaciones críticas de Guillermo Díaz Plaja.

Díaz Plaja recuerda, no sin un asomo de tristeza, un fragmento del libro *Amadís*, del malogrado Angel María Pascual: "Alguien viene por el camino entre la vaga neblina. Suenan cascos menudos entre las cosas transfiguradas por los destellos del agua y del sol. Un asnillo y un hombre en la grupa. Algo le brilla en la cabeza. ¿Será un yelmo? El viejo caballero se atiranta en su silla frailera. "Será el Mambrino?" No. "Es Guillermo Díaz Plaja, que viene desde Sevilla, de medir las narices a Don Luis de Góngora".

Guillermo Díaz Plaja no ha medido nunca las narices a Góngora. Se ha contentado con medir la intensidad de su imagería.

Este gusto en recargar el poema de imágenes — nos anuncia — es plenamente semita. Diríase que más que concretamente semita, es algo oriental. Una calidad estética ajena al gusto de los pueblos de Occidente.

No vayamos a caer en la idea de que el símbolo y la metáfora supongan tendencia al orientalismo. Lo que ocurre es diverso.

Brunetière definía la poesía como: "Una metafísica expresada en imágenes". Me apoyo en esta definición como punto de partida.

Por todo donde hay arte — donde hay valores literarios, poéticos — hay símbolo, imagen, metáfora. Aun en la tarea periodística, la utilización del símbolo diferencia al periodista nato del que no lo es. En periodismo, hay que expresar ideas: pero plásticamente. Definir, afirmar, pero de una manera viva. Lo que en poesía se llama símbolo o metáfora, en la tarea periodística se llamará anécdota. Es de la exposición objetiva de una anécdota viva: de un pedazo de realidad trasladado al diario, de donde el lector ha de arrancar verdad.

El símbolo y la imagen son algo unido al arte de una manera indisoluble. Lo que ocurre es que el arte oriental procura amontonar el mayor número de símbolos e imágenes en el menor espacio, mientras el arte occidental busca el agotamiento de la imagen.

En el mayor espacio, el menor número de imágenes: sobriedad.

Si miramos las cosas desde este prisma, el arte de Góngora tiene mucho de oriental. Pero se nos antojará tremendamente occidental si atendemos a su esteticismo.

No creo que en Góngora lo más importante sea la gran cantidad de detalles: toda su construcción abigarrada (que, si ustedes lo piensan, coincide a fin de cuentas con la de todas las expresiones de arte del barroco) tiene detrás una realidad sustancial. Es como una tela transparente y temblorosa detrás de la cual se oculta la belleza en estado puro.

No justifico ni discuto el procedimiento gongorino. Me limito a estudiar su anhelo: un anhelo irrefragable de creación de un mundo objetivo de belleza sin mezcla alguna de pálpito humano.

Es el angelismo poético de que en un libro titulado *Fronteras de la Poesía* hablara Maritain. Es la voluntad de arte abstracto, que no es una creación moderna: se halla ya en los rosetones de las catedrales del Medioevo.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

## ¿CURSILLOS?... ¿SEMANAS?...

Los meses de verano suelen ser pródigios en cursillos y semanas que podríamos designar con el nombre genérico de orientación profesional. Por eso nos ha parecido oportuno exponer nuestro punto de vista sobre un fenómeno que vamos observando en la actuación de los asistentes, por si puede ser de interés para aquellos que les ha pasado inadvertido. Viene a ser una prolongación de nuestro artículo anterior *¿Dirigentes?... ¿Selectos?...*

Digamos ante todo que la finalidad de los Cursillos y Semanas como tales nos parece buena, conveniente, y hasta necesaria en determinadas circunstancias. Igualmente debemos afirmar que no siempre la realidad de algunas conferencias y conversaciones ha respondido al afán y anhelos científicos de los que concurren y de los mismos organizadores. Sea porque el calor resta energías al trabajo, sea porque agotadas durante el tiempo escolar nuestras facultades exigen un descanso, sea porque los temas no han llenado el vacío que se confiaba superar, sea por las razones que sean, el caso es que a veces se ha regresado de tales experiencias con un fardo de ideas que corren y bullen dentro de nuestras inteligencias como tropezando unas con otras, como reclamando un lugar y asiento holgado en un espacio que por su estrechez no puede ser para todas. Todo lo cual juzgamos que es muy contrario a la formación intelectual, que exige una serenidad y reposo y una atención muy de otra manera de la que en aquellos días se posee. Cuando al regresar de uno de ellos se nos antojó repasar el *Criterio* de Balmes, sentíamos que el clarísimo filósofo nos acusaba de multitud de defectos. Y si pasamos de esos Cursillos o Semanas que se dan a especialistas a otras en las que están abiertas las puertas a todo el público, no se nos debe escapar el detalle que nos han ofrecido algunas crónicas, sobre todo de Semanas en las que se debatían cuestiones de orden teológico o doctrinal. Citaremos dos ejemplos que nos darán una idea bastante cabal, pues abarcan las dos clases de público que aquí podríamos distinguir.

El primero lo podemos contemplar en la Sala de Estudios del Consejo de Investigaciones Científicas, y la otra en el Salón de Descanso de un Teatro, al que concurrían desde la más humilde ama de cura y chavalillo de segundo de bachillerato hasta el profesor de Dogmática del Seminario, pasando por toda la gama de estamentos que da una capital de treinta mil almas.

En Madrid versaban las conferencias sobre el contenido dogmático de la narración genésica de la creación del mundo. "Temas, como se ve de palpitante actualidad — comenta en *Sal Terrae*, nov., 1949, nuestro admirado profesor de Comillas, el padre Severiano del Páramo, S. I. — y que dieron lugar a numerosas y animadas intervenciones. No tenemos espacio para dar cuenta detallada de cada una de las ponencias y de los incidentes de la discusión que suscitaron. Notemos una vez más que temas tan delicados no son para discutidos a puerta abierta ante toda clase de público. Somos testigos de la admiración y sorpresa que ciertas afirmaciones produjeron en algunos seglares, que han recibido una instrucción religiosa tan ajena a la interpretación que algunos quieren dar a estas narraciones genésicas. Creemos además que algunos ponentes se mostraron excesivamente confiados en dar como ciertas y demostradas algunas interpretaciones simbólicas o metafóricas del sagrado texto, que tienden a reducir a estrechísimos límites el contenido histórico y dogmático de estas narraciones. No es aún tiempo de dar como resueltos problemas tan importantes y complicados, sino más bien *en espera de que llegue la luz clara, es preciso ejercitar la paciencia, que es la prudencia y la sabiduría de la vida*" (Carta del Secretario de la Comisión Pontificia Bíblica, 16 de enero de 1948).

El periódico de la Ciudad a que nos referimos en el segundo ejemplo, con todo y dedicar encomios sin reserva a los ilustres disertantes y a sus explicaciones sin cribar ni distinguir la clase de auditorio, que daba como extraordinario — cuando en realidad ponderado lo que debía ponderarse dada la calidad de tan preclaros mariólogos como el P. García Garcés y P. Sauras, era más bien digna de meditarse la ausencia del sector más interesado —, no pudo menos de reseñar el día 20 del pasado mayo, mediada ya la semana: "Asistió numerosísimo público. Cabe notar la profundidad de estas sesiones de estudio que importan el tratado de cuestiones de alta Teología; más que para los oyentes en general van dirigidas, para ser comprendidas, meditadas e incluso debatidas en el buen sentido de la palabra, a la gente de cultura universitaria, la que con mayor interés debería asistir a las magnas lecciones de estos dos teólogos que dirigen las jornadas marianas". Y este público no asistía, ni asistió en la medida

para llenar el contado número de escaños del no muy amplio Salón. Y podríamos afirmar también como el padre Páramo: Somos testigos de la admiración y sorpresa que ciertas afirmaciones produjeron en algunos seglares. Es más, se nos hicieron consultas para solucionar algunas dudas surgidas en aquellos días y relacionadas con ciertos ejercicios piadosos que, por venir de labios de seminaristas teólogos bastante aplicados, como también de muchachos del curso preuniversitario, no dejaron de pasarnos. Doy por concedido absolutamente que los ponentes estuvieron a la altura que les correspondía, pero ya es muy sintomático que fluctuasen del modo que fluctuaban los comentarios de estos asistentes. Pero no es esto sólo, y vamos ya a entrar en la materia o cariz que ha motivado nuestros interrogantes a las palabras del epígrafe y que consideramos como hilo conductor de las corrientes modernistas.

No es un fenómeno aislado el que uno de esos cursillistas o semanistas al trasladarse a su propio ambiente, se sienta una autoridad en aquella materia sobre la cual ha alternado durante unos días con las más competentes autoridades, no dejando de considerarse muy chico ante ellos. Ahora, al hallarse ante los suyos, *se crece*. Para no ofender a nadie, concedamos que se crece *inconscientemente*. Y es entonces cuando, no poseyendo todo aquel bagaje que hacía del maestro una autoridad en la materia, se siente uno arrastrado a dictaminar *ex cátedra*, y por cierto sin aquella precisión que damos por supuesta en el auténtico profesor del Cursillo. De estas imprecisiones salen las novedades, y la bola va rodando haciendo doctrina no sana. Eso sí, se perciben en multitud de ocasiones unos aires de suficiencia, que no dudan en llamarla sabiduría los amigos o interesados del amigo, con lo cual parece haberse adquirido ya una patente imprescindible para resolver cuantos casos se relacionen con tal especialidad. De aquí se da un paso más. La tal sabiduría necesita más espacio para campear a sus anchas. Es preciso extender sus dominios. Busca el aplauso gregario en *todas* sus actuaciones y conócimientos, y así sin apenas notarlo se cae en aquella hinchazón de la ciencia de que nos habla San Agustín.

A este propósito podemos traer a colación lo que nos contaba un seglar muy dado a su parroquia y bastante impuesto en cultura religiosa. El coadjutor, recién salido de las Universidades con la consiguiente aureola de sabio, predicaba en una de las misas más concurridas sobre los diez mandamientos. Sus explicaciones eran

## EL BIELDO Y LA CRIBA

acogidas y comentadas muy elogiosamente. Se esperaban con gusto, porque en ellas casi siempre *se oían cosas nuevas, no predicadas*. En esto andaban los comentarios cuando un buen día, en el que se explanaba el séptimo mandamiento, soltó el inexperto sacerdote, no sin repetirlo dos veces, la cantidad que hoy día se juzga como grave para los efectos del robo.

—Yo no sé por qué se han de predicar tales cosas, decía una señora a su esposo al salir del templo. ¿No te has fijado? Si llega a oírlo la sirvienta, que es tan amante de la manga ancha, a lo mejor cae en la tentación de sismarme...

En aras de la verdad debemos advertir que la cantidad predicada estaba enteramente conforme con los modernos autores de Moral. Por lo que cogimos, si alguna falta debía acusársele era la de imprudencia, que no es de maravillar. La debemos achacar al cambio de ambiente, de las aulas al público.

Pero conviene que apuremos más este caso para sacar todo el jugo de su moraleja. Hemos podido observar en ello cómo el público con su asistencia y elogio *parecía exigir estas novedades* (estas imprudencias), que eran las que aureolaban las doctas disertaciones. No vamos a discutir aquí los defectos o cualidades de una tal predicación en orden a una acción pastoral del sacerdote más eficaz, pues no lo juzgamos propio de estas columnas. Lo que nos interesa hacer resaltar aquí es el virus temible que lleva consigo esta manera de inflar el globo, que suele ir acompañada del cansancio de lo tradicional, si no lo va de cierto desprecio.

En este sentido quisiéramos que los que se han lamentado alguna vez de nuestra *Cristiandad* por ese insistir machaconamente con determinados documentos pontificios que tienen valor

eterno, reconocieran que por ello es precisamente digna de admiración y de aplauso. El ir hoy contra corriente podríamos casi calificarlo como empresa de titanes. Dar el brazo a la novedad — se entiende a la que entraña el peligro apuntado — lleva tal atractivo que hace pasaderos incluso los mismos fracasos o disgustos que pudieran ocasionar las imprudencias o deslices.

Y ¿quién no ve que esto, tratándose de lo dogmático o lo relacionado con el dogma, nos conduciría inexorablemente a los antros del error?

Aquella señora se dió cuenta de la importancia de las palabras imprudentes cuando tocaron la cuestión monetaria. En España fueron bastantes los ojos que necesitaron el derramamiento de tanta sangre para cerciorarse de que el mal tiene también sus fases antes no llega a su erupción trágicamente demoledora.

Por eso no comprendo cómo algunos profesores de Enseñanza Media se me han quejado de algunos artículos de nuestra revista — por citar aquellos de los que se nos ha hablado últimamente, señalaremos los que llevan el título general de "Un caso de conciencia literario" —. O bien se tildan de incomprendibles los que fustigan verdaderos disparates doctrinales de un Ortega o de un Unamuno... Quizás los tuvieron por maestros, en cuyo caso no me extrañaría contemplar en estos sus discípulos ni más ni menos que esta sabiduría hinchada y esta novedad peligrosa, de las cuales vamos tratando.

Véase, pues, cómo de algo que es bueno, conveniente y hasta en circunstancias necesario, como juzgamos realmente a ciertos Cursillos y Semanas, se puede servir el enemigo de la Verdad para atraernos a su mal camino. Estratagema, que no por vieja, deja de ser siempre nueva y temiblemente astuta. La *Humani Generis* y los documentos relacionados con la *Teología*

*Nueva*, por no mentar otros documentos de Pío XII, nos darían fe irrefutable.

Un caso rigurosamente histórico, con el cual terminaremos estas reflexiones, nos confirmará lo vasto de este fenómeno.

Una persona que ocupa un cargo de responsabilidad en uno de tantos Consejos Diocesanos de Acción Católica y, por ende, acostumbrada a perorar en actos de propaganda y que ha frecuentado cursillos y semanas propios de su rama, no queriendo en cierta ocasión desperdiciar la oportunidad de demostrar a una persona amiga *sus conocimientos*, se esponjaba oponiendo sus peros a un profesor semanista, verdadera autoridad en la materia.

Por lo visto el tema versaba sobre ignorancia y cultura religiosa, y en el transcurso de la conferencia les hizo notar, como uno de tantos ejemplos, lo erróneo de algunas afirmaciones de un libro sobre la Virgen María. Por los datos que me dieron logré averiguar que se trataba de la obra de Jean Guitton (Cf. *Razón y Fe*, marzo, 1953, pp. 281-292).

—Al fin y al cabo, sea o no erróneo —afirmaba el aludido—, sus páginas nos hacen admirar lo humano de María, y éste ya es un mérito singular. Además, porque el Padre lo ha dicho no por eso es dogma de fe y en último término hay mucho de opinable.

Y en diciendo esto, apareció en su rostro la hinchazón de su sabiduría almacenada en cursillos y semanas y en la autoformación lograda con la lectura de libros de altisonantes títulos para preparar sus discursos.

¡Ah!, si os duele ver así maltrecha tan despejada frente, basta para deshincharla con que le preguntéis cuáles son las verdades mariológicas *definitivas*, o bien, pedidle que os *demuestre* las más elementales de Mariología.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

## TRASCENDENCIA DE SAN PÍO X: LA CONDENACIÓN DEL MODERNISMO

Todos los biógrafos de San Pío X están de acuerdo en afirmar que el acto más trascendental de su pontificado fué la condenación del modernismo. Con este nombre, que recurre oficialmente por primera vez en la encíclica "Pascendi", se califica simultáneamente la tendencia heterodoxa aparecida a fines del siglo pasado y principios del presente entre algunos estudiosos católicos deseosos de interpretar las verdades de la fe en armonía con las fugaces doctrinas modernas, y el conjunto de errores a que dió lugar, como no podía ser de otra manera, tal intento.

El origen remoto de este desdichado movimiento hay que buscarlo en la inquietud, ansia morbosa de novedad y espíritu de independencia que ya desde los pontificados de Gregorio XVI y Pío IX se venía observando en algunos ambientes católicos, especialmente franceses, poco amigos de la filosofía y teología escolásticas.

Síntomas de esta insana fermentación ideológica y pre-nuncios de la tempestad que se avecinaba son, por ejemplo, la condenación del indiferentismo de Lamennais (1832-1834), del tradicionalismo filosófico de Bautain (1840) y Bonnetty (1855), del racionalismo de Hermes (1835) y de Guenther (1857), del ontologismo (1861), de Frohschammer (1862) y de la serie de errores que se enumeran en el "Syllabus" de Pío IX (1864).

A esta avalancha de errores se opuso el Concilio Vaticano (1869-1870), al que las difíciles circunstancias del momento impidieron desgraciadamente terminar su tarea. Los pocos documentos publicados por el Concilio son de un interés excepcional. En ellos se definen las relaciones entre la razón y la fe, la esencia sobrenatural de esta última y consiguientemente la genuina noción católica de la Revelación y la inspiración bíblica. Igualmente se proclamó en el Concilio la autoridad divina de la Iglesia y su infalible magisterio en la persona del Romano Pontífice.

Esto no obstante, los antiguos errores no se extinguieron. Unos se mantuvieron, otros se transformaron. Añadíronse algunos nuevos, y todos adquirieron una peligrosa dirección de convergencia. Desembocaron en un cauce único, el modernismo, que le dió, cuando menos, una apariencia de unidad sistemática. La aspiración de los innovadores era servirse de los resultados de las recientes investigaciones de la historia comparada de las religiones y de los dogmas, de la filología, de la arqueología bíblica, para intentar un interpretación de la verdad católica y una apologética del cristianismo conformes a los "tiempos nuevos".

La Iglesia había reconocido ya la oportunidad y la urgencia de una renovación de los estudios sagrados, y en especial de los bíblicos. Prueba de ello es la encíclica de León XIII "Providentissimus" (1893), en la que se establecen las directrices que han de guiar esta renovación por camino seguro. El mismo Pontífice creaba en 1902 la Pontificia Comisión bíblica cuya finalidad era atender a la conservación y explicación de los pasajes bíblicos, especialmente de los controvertidos.

Muchos autores quisieron, no obstante, proceder al margen de esta disposiciones de la autoridad eclesiástica, y no pocas veces fueron contra ellas. Así se formaron en Inglaterra, en Italia, en Alemania, grupos de oposición

cada vez más compactos y activos. Pero la sede principal del modernismo fué Francia, y la figura más representativa del movimiento, su teórico más notable, Alberto Loisy.

Nace Loisy en 1857 y se ordena de sacerdote en 1879. Después de un año de ministerio parroquial es nombrado en 1881 profesor de hebreo y exegesis bíblica en el recién fundado *Institut Catholique* de París. Sus ideas van haciéndose cada vez menos ortodoxas, y la revista fundada por él en 1892, "L'Enseignement Biblique", chocó desde el primer momento con la censura eclesiástica. En 1893 es depuesto de su cátedra por el Cardenal-Arzbispo de París. Pero en 1900 reanuda su magisterio sobre lo que él llamó el "problema bíblico" en *L'Ecole Pratique des Hautes Etudes*. En 1902 se traduce al francés el libro de A. Harnack "Das Wesen des Christentums" que Loisy refuta el mismo año con su obra "L'Évangile et l'Église" oponiendo al adversario teorías anticatólicas más radicales todavía que las sostenidas por Harnack. Esta obra fué puesta en el Índice el año 1903 juntamente con "Études Évangéliques", "Autour d'un petit livre" y "Le Quatrième Évangile", obras todas ya reprobadas por los obispos franceses.

Así las cosas se hacía necesaria la intervención de una autoridad superior y a Pío X tocó la ardua tarea de denunciar y condenar la nueva herejía. Su acción fué rápida, tan eficaz que el modernismo se desplomó herido de muerte — caso raro en la historia de las herejías — tan pronto como cayó sobre él el anatema pontificio.

La primera intervención solemne de San Pío X contra el modernismo fué la publicación por el Santo Oficio del decreto "Lamentabili", el 3 de julio de 1907. En él se "reprobaban y proscriben" 65 proposiciones erróneas sostenidas por los modernistas. De la gravedad de los errores condenados puede darnos idea la última proposición que reza así: "El catolicismo actual es incompatible con la verdadera ciencia si no se transforma en cierto cristianismo adogmático, esto es, en protestantismo lato y liberal".

Al decreto del Sto. Oficio que fué como un clarinazo de atención siguió poco después, el 8 de septiembre del mismo año, la encíclica "Pascendi". En ella, con asombro de los mismos modernistas, que rehuían las proposiciones claras y definidas, se ofrece una exposición del sistema, una síntesis lógica y una crítica del mismo capaces de satisfacer al más exigente. A pesar de que en los documentos citados no se nombraba a nadie, la opinión común vió condenadas las teorías de Loisy y él mismo se dió por aludido como lo demuestran sus "Simples Réflexions sur le Décret *Lamentabili* et sur l'Encyclique *Pascendi*", publicadas en 1908.

Finalmente, Pío X dió el golpe de gracia al modernismo con el Motu Proprio "Sacrorum Antistitum" de 1 de septiembre de 1910, en el que después de referirse expresamente a los dos documentos anteriores sobre la materia, el Papa prescribía el llamado juramento contra los errores modernistas, que habían de prestar, entre otros, los profesores de Facultades eclesiásticas y Seminarios. Con esto se le cortaba de raíz al clero joven la posibilidad de contagiarse en las aulas con las nuevas y falsas ideas. Esta perspícaz y enérgica medida le valió a San Pío X ser impiamente comparado por los modernistas con Juliano

## COLABORACION

el Apóstata, pues "Pío X — decían — impedía ahora la difusión del nuevo cristianismo como Juliano el Apóstata había querido acabar antes con la antigua Iglesia impidiendo a todos los cristianos la enseñanza de sus doctrinas".

Y así puede decirse que acaba la historia del modernismo, cuyo doloroso, pero inevitable epílogo, fueron las condenaciones pontificias de los jefes del movimiento que se mostraron rebeldes y recalcitrantes.

\* \* \*

La gravedad del error dogmático del modernismo radica en su mismo principio fundamental. El modernismo, en efecto, no consiste tanto en la oposición a una u otra de las verdades reveladas, sino que pervierte la noción misma de verdad, de religión, de revelación, por la aceptación incondicionada del principio de immanencia que es el fundamento del pensamiento moderno.

Este principio teórico, está, en verdad, pocas veces expresado por los fautores del modernismo, y menos aún expuesto de una manera sistemática, porque se aplican con preferencia a la investigación positiva de la historia de la Iglesia, de los dogmas, y de la Biblia. No obstante, la dirección seguida en estas investigaciones está claramente dominada por este principio de immanencia que hace depender la verdad cristiana de contingencias culturales y de la experiencia subjetiva. Así, en última instancia, la única fórmula válida de la verdad religiosa se resuelve en la forma o estado de conciencia que cada uno adopta independientemente ante cada uno de los problemas de la fe. Así, pues, no es extraño que la encíclica califique el modernismo, no de herejía, sino de compendio de todas las herejías — herejía esencial lo llama un autor — porque pervierte y niega la garantía misma de la ortodoxia que es el supremo magisterio, que mediante la asistencia del Espíritu Santo continúa en la Iglesia, según la promesa de Jesucristo.

Las consecuencias funestas de este subjetivismo se hacen ver sobre todo en sus aplicaciones. Así, por ejemplo, a la doctrina tradicional de que en la Sagrada Escritura se contiene el proceso genuino de la Revelación garantizada por la autoridad de Dios que la ha inspirado en todas sus partes y por el testimonio de los hagiógrafos que fueron testigos inmediatos o mediatos de lo que narra, los modernistas oponen, sin más, la opinión de algunos críticos modernos que creen poder afirmar que los libros históricos del Antiguo Testamento son simples colecciones de materiales reunidos sin intención de demostrar verdad ninguna, sino meramente de purificar el sentimiento religioso del lector, y por esto no pueden tener a Dios como autor principal.

Partiendo de los mismos principios, los modernistas niegan la inspiración bíblica como carisma, y explican falsamente la historicidad y la inerrancia del Texto Sagrado.

En el Nuevo Testamento en particular distinguen los modernistas el elemento histórico del sobrenatural, para llegar a su falsa distinción entre el Cristo de la Historia y el Cristo de la Fe.

Cuando de la Sagrada Escritura pasan los modernistas a hablar de los orígenes del cristianismo y de la Iglesia, de la Teología, por la aplicación de los mismos principios obtienen resultados igualmente erróneos.

Así sostienen que al principio del cristianismo reinaba sólo un intenso y vivo espíritu de fe, sin doctrinas definidas ni dogmas. Estos se habrían introducido en el cris-

tianismo sólo por la reflexión de conciencias exaltadas, pero son extraños al contenido del Evangelio de Jesús, que no fué más que un cálido y apasionado anuncio del reino de Dios inminente y una invitación a la purificación interior.

Otro tanto hay que decir de los primeros Padres, ajenos, según los modernistas, a toda tendencia dogmática. Y así es absurdo querer relacionar las definiciones conciliares, especialmente las tridentinas, con la fe de los primeros discípulos de Jesús.

Para los modernistas ha cambiado todo en la historia del cristianismo: pensamiento, jerarquía, culto. El único elemento de verdad que permanece a través de los tiempos es la experiencia religiosa siempre idéntica en todos, pues lo divino — los modernistas no dicen "Dios" — se revela asimismo continuamente a través de todos los tiempos en el fondo de la conciencia humana. El dogma, la organización eclesiástica, no son más que los medios por los que se realiza esta experiencia religiosa, y día vendrá en que se podrá prescindir de ellos.

Sería interminable la lista de tales errores. Pero creemos que basta lo dicho para calibrar la magnitud del riesgo doctrinal que se corría entre los católicos a fines del siglo pasado, principios del presente, y así apreciar mejor la providencial intervención de San Pío X.

Digamos, finalmente, que el "Programa" que publicaron los modernistas como respuesta a la encíclica, que les obligó a definirse, confirmó todos los capítulos de acusación de la misma. En él se admitía la experiencia privada subjetiva como principio inspirador de la concepción de la fe, de la historia, de los dogmas y de sus fórmulas, de la jerarquía, del culto. Este criterio subjetivista se presenta como el resultado indiscutible y definitivo del pensamiento moderno, como el único medio de alcanzar la verdad religiosa.

Así se ha pervertido sustancialmente la interpretación de los actos y del significado mismo de la fe, de la religión natural y de la función de la razón humana. Se ha rechazado también en bloque la concepción realista que se basa en la distinción del hombre, del mundo y de Dios, en la distinción del orden natural y sobrenatural, con lo que se suprime hasta el último vestigio de trascendencia. Consiguientemente queda también eliminado el valor absoluto de los primeros principios, con lo que se invalida cualquier raciocinio y toda posición metafísica.

Todo esto, no obstante la crisis modernista, y gracias a la Divina Providencia, aún fué en algún sentido beneficioso para la Iglesia, pues los estudios superiores de las Universidades Católicas, estimulados por la necesidad de oponerse al adversario, se han renovado por completo en esta primera mitad del siglo, especialmente en el campo de las ciencias bíblicas y de la historia de los dogmas, de donde procedían principalmente los ataques modernistas.

Sin embargo, el peligro del modernismo no puede decirse nunca enteramente conjurado, pues la razón humana, herida por el pecado, tiende siempre a sacudir el suave yugo de la fe para erigirse en criterio absoluto de verdad. Una tentativa afín al modernismo teológico es la llamada "Théologie nouvelle", aparecida en Francia después de la segunda guerra mundial y enérgicamente denunciada por la Encíclica "Humani Generis" — 11 de agosto de 1950 — por Pío XII, que a menos de 50 años de distancia tiene que repetir el gesto de su santo predecesor, el bienaventurado Pío X, ángel tutelar de la ortodoxia en uno de los momentos más críticos del cristianismo.

ANTONIO CASTILLO PIMENTEL



# LOS PELIGROS DE LA «PAZ»

## La esperanza de Eisenhower

Al fin, el presidente Eisenhower ha podido dar su parecer sobre la situación a que se ha llegado en Indochina como consecuencia de los acuerdos firmados en Ginebra. su reacción ante la prevista capitulación de Francia ha correspondido a la línea que modestamente insinuábamos en nuestro anterior comentario:

*“Estoy contento de que se haya llegado a un acuerdo en Ginebra para terminar con el derramamiento de sangre en Indochina, donde miles de hombres valientes murieron durante los siete últimos años, defendiendo la libertad”* (1).

¿Terminar con el derramamiento de sangre? ¿Como si la barbarie comunista cambiara de objetivos y de procedimientos con tanta facilidad! ¿Es que el presidente Eisenhower ignoraba, tal vez, que “millares de ciudadanos de Hanoi serán detenidos y enviados a los campos de concentración ya construídos especialmente para ellos a lo largo de la frontera con China?” (2).

Por lo visto, en la Casa Blanca no poseen datos ni informes sobre la ola de sangre que anega desde hace años el pueblo de China, para temer fundadamente que algo muy parecido pueda ocurrir en las zonas del Vietnam entregadas al comunismo.

Como anticipo de lo que ha de representar la victoria comunista en la zona meridional del delta, entregada por Mendes-France a los comunistas con anterioridad al armisticio, ha comenzado ya la campaña anticatólica, impidiéndose a los misioneros realizar su obra de apostolado, mientras que en la Catedral de Nat Viem ha sido colocado un monstruoso retrato de Ho Chi Minh que muestra el corazón atravesado por una flecha (3). ¡He ahí expresado el sentido real de los acuerdos firmados en Ginebra!

“Los Estados Unidos —ha proseguido diciendo el Presidente norteamericano— no han sido beligerantes en esta guerra. La responsabilidad principal del arreglo de Indochina corresponde a las naciones que participaron en la lucha.” Pero, ¿es que hubiera sido posible tal arreglo si Norteamérica se hubiese opuesto decisivamente al mismo, y si Foster Dulles no se hubiera prestado en Berlín a colaborar en la maniobra ideada por la diplomacia soviética?

La confianza de Eisenhower en que las decisiones ginebrinas con respecto a Indochina, “conducirán al restablecimiento de la paz conforme a los derechos y necesidades de los países interesados”, podrían ser la expresión de su interés en tranquilizar al opinión pública del país, aunque los signos de persecución violenta que se registran en las regiones conquistadas por las tropas de Ho Chi Minh, indican algo muy distinto a las inauditas esperanzas manifestadas por el actual huésped de la Casa Blanca.

En realidad, ¿ha ocurrido en Ginebra algo distinto a una rendición incondicional aceptada, y casi nos atreveríamos a decir deseada de antemano, por quienes decían luchar contra las fuerzas del comunismo internacional?

En estas condiciones, no es de extrañar que un corresponsal de la United Press haya podido hablar de “victoria en Ginebra”, de una victoria “en que los franceses —diríamos, parodiando una conocida frase de su rey Francisco I— lo han perdido todo... incluso el honor. Por lo menos, aclara el periodista, el honor de haber defendido a una país que ellos decían tutelar y civilizar, en lugar de

entregar su mitad (y posiblemente su otra mitad, en un plazo más o menos lejano) a la barbarie comunista” (4).

## Provocación en aguas de Hainán

Hablando con los periodistas en una de sus habituales Conferencias de Prensa, el presidente Eisenhower comentó su anterior declaración, afirmando que el mundo comunista no desea la guerra, ya que su objetivo es “ocupar territorios libres del mundo mediante la conspiración”.

Horas más tarde, el día 23 de julio, a las 8.45 horas, un avión comercial británico de la “Cathay Pacific” era atacado y derribado por cazas chinos a treinta millas al sur de la isla de Hainán. El avión realizaba su recorrido habitual, y su paso por las cercanías de la referida isla era conocido de antemano por las autoridades comunistas.

Parece raro que en los momentos de euforia y de máxima amistad entre los gobiernos de Londres y Pekín, un caza de esta nacionalidad cometiera semejante “torpeza” con un aparato británico. ¿Confundieron, acaso, dicho aparato, como alegan los chinos rojos, con un avión de Chiang Kai Shek? ¿Se trataba de un alarde provocativo contra la intromisión blanca en el sudeste asiático? ¿O se perseguía algún fin específico relacionado con la presencia en el aparato de algún súbdito norteamericano?

Lo cierto es que la reacción norteamericana no se hizo esperar. Desde dos portaaviones que se hallaban —¿por precaución o para intimidación?— en los alrededores de las costas de Hainán, se destacaron algunos aparatos, al parecer de bombardeo, que iniciaron pesquisas sobre la zona en que se había desarrollado el ataque rojo, con el objetivo confesado de localizar a las víctimas del grave atentado. Mientras realizaban su misión dos de los referidos aviones norteamericanos —explica la nota del Departamento de Estado norteamericano— “fueron atacados el día 23 de julio por dos aviones comunistas chinos, «La-9»... El incidente ocurrió en aguas internacionales, aproximadamente a 13 millas de Hainán” (5).

Fíjense nuestros lectores que el ataque al avión británico había tenido lugar a “treinta millas” de la isla, mientras que los aparatos de uno de los portaaviones norteamericanos se acercaron, al menos a “trece millas” de Hainán, diferencia posiblemente no muy apreciable en relación a la velocidad de los modernos aviones de guerra, pero que podría indicar, sin embargo, una voluntad de intimidar a los comunistas chinos, después de su éxito en Ginebra y en Indochina.

Los aparatos norteamericanos respondieron al ataque rojo derribando a los aviones chinos.

¿Qué consecuencias traerá tan grave incidente?

Con ser en extremo inquietantes las posibilidades trágicas que podrían derivarse de la decidida actitud y de la réplica eficaz de la Marina de guerra de los Estados Unidos, lo más interesante sería sin duda averiguar hasta qué punto la I Flota norteamericana —a la que pertenecen los dos portaaviones que surcaban las aguas próximas a Hainán— ha obrado por órdenes directas de la Casa Blanca o por iniciativa del Estado Mayor.

Tal vez la respuesta se puede deducir del cotejo de dos importantes informaciones, una fechada en París y otra en Washington, que respectivamente dicen:

“En algunos círculos (franceses) se hacen cábalas sobre las posibles intenciones de los jefes militares norteamericanos”

(1) Declaración del Presidente Eisenhower, 21 de julio de 1954.

(2) Crónica del corresponsal de la United Press desde Hanoi, 21 de julio.

(3) Información de Radio Vaticana, según noticias de Roma del 28 de julio.

(4) Crónica cit.

(5) Nota del Departamento de Estado norteamericano, 28 de julio.

canos, que parecían haberse abandonado después de haber aceptado los Estados Unidos el armisticio de Indochina. En algunos periódicos franceses no comunistas, se ha expresado a veces la opinión de que *el almirante Radford, jefe del Estado Mayor combinado norteamericano, está tratando de provocar un enfrentamiento con la China roja*" (6).

Por su parte, José M.<sup>a</sup> Massip, desde Washington, ve la situación de un modo hartamente sorprendente para su pluma: "Cualquier acto de hostilidad de la China roja provocaría una explosión de beligerancia en la opinión pública norteamericana" (7).

¿Quiénes entonces preconizan en el momento actual el apaciguamiento? ¿Desean o no la guerra los comunistas?

### Abraham Cohen, general chino

En vísperas de la firma del armisticio en Ginebra, cuando las seguridades dadas por Mendes-France hacían razonablemente prever que el pacto con los comunistas era inminente, un corresponsal en la capital francesa subrayaba: "París espera que le llegue la noticia de un momento a otro. Contra lo que hacían prever las maniobras de los rusos, todo ha girado en las últimas cuarenta y ocho horas de un modo inesperadamente favorable. Incluso, *misteriosamente favorable*", según reconoce uno de los enviados especiales del diario "France-Soir". *Se diría que no se sabe qué invisibles potencias han echado mano a Mendes-France en los últimos momentos*" (8).

¿Tienen acaso relación tales "invisibles potencias" con la Gran Logia o el Gran Oriente de Francia en cuyos "templos" el "hermano" Mendes-France ha expuesto en ocasiones sus teorías y sus sugerencias?

No lo sabemos, pero ciertamente no habrán faltado a la cita ginebrina los ocultos poderes, manejando hábilmente sus poderosas influencias en Oriente y en el mundo occidental, para hacer posible la capitulación en Indochina y el abandono de millones de indígenas que confiaron en las promesas y obligaciones contraídas por Francia.

Por cierto que, aparte de Chou En Lai y otros destacados dirigentes de Pekín, algún otro elemento, más o menos chino, ha desarrollado una secreta actividad en diver-

sos países del Occidente. Nos referimos, según leemos en una interesante información, al "más extraño general chino que visita actualmente Europa: *Morris Abraham Cohen*".

¿Quién es este sorprendente "general chino", cuyos apellidos parecen ser algo distintos de los que usan comúnmente los ciudadanos de la gran nación amarilla?

"*Este hombre es un judío* — dice la información — que ha dedicado la mayor parte de los sesenta y seis años de su existencia al servicio de China. Nació en Stepney y fué el hijo menor de un matrimonio de judíos que, cumpliendo la tradición errante de su raza, emigraron a Polonia...

"*Hay muy pocos hombres occidentales tan íntimamente unidos a la historia contemporánea de China como el general Morris Abraham Cohen*. Conoció y trabajó, en estrecha unión, con dirigentes chinos, tales como Sun Yat Sen, Chiang Kai Shek, Mao Tse Tung y T. V. Soong. Puede decirse que conoce como nadie *el auténtico origen y desarrollo de los acontecimientos que han llevado a China a su estado actual...*"

Y prosigue más adelante: "¿Cuál ha sido, pues, el verdadero objeto de su viaje a Londres? ¿Con quién ha mantenido contactos en la capital británica el general Cohen? ¿Cuáles serán las consecuencias de las entrevistas que ha celebrado sin que en las columnas de la Prensa se reflejara el desarrollo de las mismas? *¿Puede tener este hombre en sus manos la solución de los conflictos orientales que tanto angustian el mundo en los momentos actuales?*" (9).

He ahí algunos de los muchos interrogantes cuya difícil o prácticamente imposible respuesta provoca el actual desasosiego y llena de gravísimos temores al mundo.

Sin embargo, resulta en extremo sintomática la presencia de un general "chino" judío en Europa, mientras se preparaba la entrega de Indochina. Como resulta sorprendente que para semejante eventualidad, "por la tercera vez en veinte años — como escribe el «Jewish Observer» —, Francia haya acudido a la hora de la crisis a un judío".

¿Qué tiene de particular que poco después de haberse mostrado Eisenhower alegre y satisfecho, la revista "Life" haya podido escribir que "los Estados Unidos están ahora en mayor peligro de guerra que antes de la Conferencia de Ginebra"?

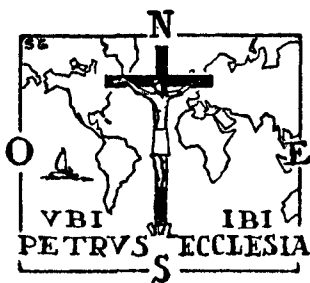
JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

(6) *La Vanguardia Española*, 27 de julio.

(7) *A B C*, 27 de julio.

(8) Crónica de París en *La Vanguardia Española*, 20 de julio.

(9) "Personajes misteriosos entre los bastidores del mundo", por Robert Gay, *La Prensa*, 22 de mayo de 1954.



## CRÓNICA RELIGIOSA MENSUAL

El mensaje de una Santa a nuestro mundo. — Los católicos y la ciudad política.  
«Crisis de poder y crisis de civismo». — El reconocimiento a Dios, por los dones recibidos, es un deber que incumbe a toda sociedad.

### EL MENSAJE DE UNA SANTA A NUESTRO MUNDO

Lisieux, la ciudad de Francia en cuyo Carmelo alcanzó las cimas de la santidad más excelsa Santa Teresa del Niño Jesús, fué, no hace muchos días el eje de la atención de los católicos del mundo entero. El legado "a latere" de Su Santidad, su eminencia el cardenal Mauricio Feltin, arzobispo de París, consagraba solemnemente

la basílica dedicada a la memoria de la gran santa. La ceremonia tuvo lugar el día 11 del pasado julio. Varios purpurados, y un crecido número de obispos asistían al acto, en el que participaba ingente multitud de peregrinos de Francia y de diversos países del mundo. El episcopado español se hallaba representado en la persona del Arzobispo-Obispo de Barcelona.

Sin salirse de los muros del convento, que, de niña casi, atravesó para consagrar

a Dios su vida, sin traspasar con su breve existencia los linderos de la juventud, Santa Teresa del Niño Jesús conmovió al mundo moderno y llegó con el aroma de su santidad hasta los más remotos confines del orbe. Patrona universal de las Misiones con San Francisco Javier, ella, que no supo, como el gran santo navarro, de largos periplos y múltiples estancias en tierras y mares desconocidos. Santa estrechamente vinculada al corazón del hombre de hoy, pese

a que, en su espiritualidad, apunta a todo lo contrario de lo que rodea y viene a constituir el substrato vital de ese hombre. Y es que si lo uno se entiende en función de un amor a Dios que le hacía desear ganar para Él el mayor número posible de almas, lo otro se explica por el hecho de haber mostrado la suprema sencillez y la sublime simplicidad de los caminos que conducen a la posesión de la felicidad verdadera. Por eso, la figura de Santa Teresa del Niño Jesús resulta providencial para nosotros.

Su Santidad el Papa, en la alocución dirigida a los fieles congregados en Lisieux, desgrana bellísimamente el mensaje de la Santa. Un mensaje triple: de humildad, de confianza, de amor. No nos resistimos al deseo de transcribir para nuestros lectores algunos de los párrafos de la alocución papal, que sintetizan ese triple mensaje.

"Cuando los pueblos y las clases sociales se desafían o se enfrentan por la preponderancia política y económica, Teresa del Niño Jesús aparece con las manos vacías. Fortuna, honor, influencia, eficacia temporal, nada le atrae, nada le retiene, más que sólo Dios y su reino. Pero en compensación, la introduce en sus mansiones, le confía sus secretos; Él le ha revelado las cosas que oculta a los sabios y a los poderosos..."

"...Mas por dulce y sonriente que sea la mensajera, muchos encontramos esa humildad difícil de practicar. Los hombres de hoy, manchados por tantas faltas, cegados por su egoísmo, ¿pueden todavía volver al recto camino, liberarse de sus trabas morales y ponerse en camino hacia Dios? El Señor ¿no siente horror de tantas bajezas y tantas divisiones, de tanta avaricia y sensualidad? Que Teresa misma nos dé la respuesta. Que ella nos declare con su maravillosa franqueza cuán consciente era de su debilidad y de su absoluta desnudez, ella, la incomparable privilegiada, el alma elegida por medio de inexplicables favores. Se ve ante Dios como una niña incapaz de subir por sí sola la escalera, de avanzar algunos pasos sin tropezar o caer. Pero, precisamente porque está segura de su impotencia total, fija en Dios una mirada implorante..."

"Pero esta criatura está destinada también a recibir el más deslumbrador de los dones del cielo: el amor divino. Desde su más tierna infancia, Teresa se siente poseída de él, entregada a todas sus exigencias, incapaz de negarle nada. Poco a poco se precisan los renunciamentos que espera de ella. Ningún sacrificio le será ahorrado: "Dios, como una llama ardiente la consumirá toda entera hasta la última agonía, que se cumplirá en la fé pura, privada de toda consolación..."

LOS CATÓLICOS Y LA CIUDAD POLÍTICA.  
"CRISIS DE PODER Y CRISIS DE CIVISMO"

Cada año vienen hasta esta crónica los ecos de las Semanas Sociales. La de Francia cuyas sesiones dieron comienzo en Rennes, el 20 del próximo pasado julio, tenía por tema las siguientes cuestiones: "Crisis de poder, crisis de civismo". Por lo común, acostumbra a ser el sustituto para la Secretaría de Estado, Monseñor Montini, quien, en nombre del Papa y a modo de orientación enumera, a través de una carta los principios capitales del tema que se discute. Algo dice de la importancia que reviste a los ojos de Su Santidad el tema señalado como obje-

tivo a la Semana Social de los católicos franceses, cuando el mismo Papa en persona escribe y rubrica la carta dirigida al Presidente de las Semanas Sociales de Francia, Charles Flory.

Existe, por supuesto, una evidente crisis de poder y otra no menos evidente crisis de civismo, en la moderna ciudad política. El Estado o bien abdica de sus propias y genuinas funciones en fuerza de la presión que sobre él ejercen los bastardos intereses de los grupos políticos a los que teme o que le apoyan, o bien invade sin reparos ni miramientos la esfera de actuación de los particulares so pretexto de un bien superior, que es harto discutible pueda confundirse en muchos casos con el bien común. Falla, por otra parte, en particular la conciencia de la unidad moral, presupuesto de una verdadera unidad política que forma con sus conciudadanos. La consideración del Estado, como un huésped extraño e inoportuno, absorbente porque sí y, a menudo, avasallador, es común, además, a la generalidad de los ciudadanos.

Acaso ambos — Estado y particular — no estén del todo faltos de razones para mostrarse mutua y recíprocamente recelosos. Pero esa actitud de recelo tiene para cada uno de ellos su propia consecuencia: en el Estado, crisis de poder, en el particular, crisis de civismo.

Su Santidad el Papa, en la carta antes citada, señala los principios capitales a cuya luz debe enfocarse la cuestión. La crisis de poder no cabe se remedie, careciendo el Estado de un recto conocimiento sobre el sentido y la finalidad de su misión, para cuyo cumplimiento, precisamente, le ha sido dado por Dios el poder: "controlar, ayudar y regular las actividades privadas e individuales de la vida nacional, para encaminarlas armoniosamente al bien común; ahora bien, este bien común no puede ser determinado por concepciones arbitrarias, ni encontrar su ley primordial en la prosperidad material de la sociedad, antes bien, se encuentra en el desarrollo armonioso y en la perfección natural del hombre a la que el Creador ha destinado a la sociedad en cuanto medio" (el Papa cita las palabras de su encíclica "Summi Pontificatus").

"Una crisis de poder — afirma el Papa — es, en gran medida, una crisis de civismo, es, decir, una crisis del hombre, en fin de cuentas."

"Si es verdad que en un Estado democrático la vida cívica impone altas exigencias a la madurez moral de cada ciudadano, no puede dejarse de reconocer que muchos de éstos, incluso de los que se dicen cristianos, tienen su parte de responsabilidad en el desorden actual de la sociedad. Los hechos están ahí y exigen un seguro remedio. Es, por no citar sino los más notorios, el desinterés de los asuntos públicos, que se traducen, entre otras cosas, en la abstención electoral, de tan graves consecuencias; es el fraude fiscal que repercute sobre la vida moral, el equilibrio social y la economía del país; es la crítica estéril de la autoridad y la defensa egoísta de los privilegios con menoscabo del interés general."

Los párrafos todos de la carta pontificia constituyen, por la autoridad suprema de su autor y por la gravedad y trascendencia de los asuntos a que se refieren una invitación a quienquiera se sienta responsable hacia una meditación profunda y eficaz.

EL RECONOCIMIENTO A DIOS,  
POR LOS DONES RECIBIDOS,  
ES UN DEBER QUE INCUMBE A TODA SOCIEDAD

Con motivo del Año Santo compostelano, la ofrenda nacional de España al Apóstol San Jaime, ha sido hecha este año en Santiago, por el propio Jefe del Estado. Contestando a la profesión de fe, hecha por la primera autoridad de la nación, con tal motivo, el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de la sede compostelana pronunció una importante alocución que resume y sintetiza claramente la doctrina de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

La conclusión del concordato entre la Santa Sede y España excitó a su tiempo, como se sabe, varias y contrapuestas opiniones, respecto a los puntos en que se proclamaba el principio de la confesionalidad del Estado. El Estado, en cuanto representa a la sociedad civil, tiene el deber de profesar y defender la verdadera religión. No puede mostrarse ajeno ni indiferente respecto a Dios. Esta es la tesis de la Iglesia que debe ser aceptada universalmente por todos los católicos, a los que, por otra parte, no deja de suministrar aquella las debidas reglas para su práctica aplicación. Dice a este propósito el Cardenal Quiroga:

"Razones especiales tiene España para hacer profesión por los especiales dones recibidos del Altísimo; pero, en último término, no es ello otra cosa que el cumplimiento del deber que incumbe a toda sociedad, o menos que a todo individuo de reconocer a Dios como a su autor, su conservador, su bienhechor y su último fin, y de acatarle como el Legislador y Señor Supremo."

Sólo partiendo de una positiva — y lamentable — ignorancia de la doctrina de la Iglesia sobre la cuestión, y que se resume en las citadas palabras, y, en todo caso, de una deficiente apreciación de los términos en que se plantea el problema, se pueden explicar las opiniones divergentes a que aludíamos. Desgraciadamente, los casos de confesionalidad del Estado, en sentido católico, no constituyen actualmente la regla, sino que, todo lo contrario, viene a ser rarísima excepción. Ahora bien: ¿basta la costumbre en contrario para negar la validez del principio y la necesidad de su aplicación práctica cuando concurren las circunstancias suficientes para el caso? ¿No vamos entonces a dar al César lo que, por justa ley divina y humana, corresponde a Dios?

Pregunta el Cardenal Quiroga Palacios: "¿No es acaso una tesis teológico-jurídica — que debe ser sostenida por todos los que admiten el recto principio de la ética y del derecho natural y de la teología fundamental — que toda sociedad y, por consiguiente, todo Estado está obligado a abrazar, y a profesar, y a conservar y a proteger la verdadera religión, que sólo es la católica? ¿No se dice en los salmos que las naciones y sus gobernantes tienen el deber de someterse a la Ley del Señor y que a El deben servir en todo momento? ¿No recuerda Isaías el castigo que espera a los pueblos y a los reinos que no se sometan a Dios y a su Iglesia?"

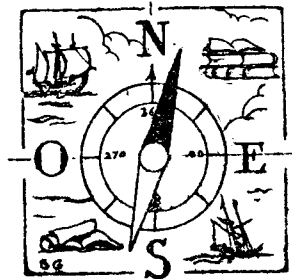
La confesionalidad de los Estados, enseña la Historia, fué ocasión en los siglos pretéritos y en diversos países de muchas

situaciones de abuso. La fe del pueblo se vió debilitada en muchas ocasiones a consecuencia del espectáculo que tales abusos producían. Tampoco por eso cabe que nadie se sienta libre de la obligación de afirmar la tesis. La experiencia del pasado debe hacernos andar cautos en no prestar ocasión al escándalo. Otra cosa supondría tanto como a sostener en el plano individual que nadie debe proclamarse católico, por el evidente

riesgo de escándalo que puede derivarse de una ulterior conducta menos ajustada a la moral de la Iglesia. Una creencia de fe, sin obras, equivale, sin duda, a una triste parodia de catolicismo. Pero, pretender pasar como cristianos con unas obras, sean las que fueren, que rehuíamos asentar sobre una explícita y consciente profesión de fe, vale tanto como negar de raíz esa misma fe, mayormente cuando la profesión de fe

nos viene impuesta como un deber. Lo que importa es la fe con las obras. Y a todos nos alcanza el deber de procurar que la profesión de fe jamás quede desmentida por un obrar defectuoso, sin ampararnos, para eludir las cargas que comporta el cumplimiento de semejante deber, en la fácil excusa de que nada puede el esfuerzo de unos pocos en la existencia masificada del presente siglo.

HIMMANU-HEL



## CRONICA POLITICA DEL MES

# LEYENDO Y BRUJULEANDO

Fiesta en la Asamblea Nacional francesa - Eisenhower y la China comunista. ¿Presidente de los apaciguadores? - El Jefe del Estado insiste sobre el tema de la unidad occidental - «Paz honrosa» en Indochina - Aniversario de Calvo Sotelo - La Prensa de París por Mendes-France - Calvo Sotelo y el Movimiento Nacional - La internacionalización de Jerusalén - ¿Por qué calló Dupont? - Moscú y los problemas europeos - Misión en Madrid - Las peligrosas aguas de Hainán - ¿Traición? - La situación del mundo después de la tregua de Indochina

### Del 1 al 5 de julio

FIESTA DE GALA  
EN LA ASAMBLEA NACIONAL FRANCESA

Una noticia publicada en "France-Soir" nos informa que el presidente de la Asamblea Nacional francesa, Le Troquer, había organizado en los salones de dicho organismo una gran fiesta a la que asistieron más de cuatro mil personas, entre las que se contaban los miembros del Gobierno Mendes-France, senadores, diputados, embajadores, académicos, etc., etc. El acto, según indica dicha información, resultó "brillante" y divertido en extremo.

¿Qué celebraba la Francia oficial con semejante fiesta? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que unas horas antes escribían desde Hanoi:

"Millares de católicos de Phat Diem y Bui Chu se han lanzado a la carretera, ante el avance rojo. El obispo de Phat Diem, monseñor Le Huu Tu, se ha dirigido en barco a Haifong. La semana pasada había venido a Hanoi para suplicar al alto mando francés que no abandonase la región, donde viven un millón de católicos vietnamitas, que constituyen la más sólida resistencia al comunismo. El obispo de Bui Chu se ha visto asimismo obligado a marchar. El obispo de Thai Binh, español, ha decidido permanecer en su puesto y compartir la suerte de sus diocesanos..."

"La retirada de las tropas de la región meridional del delta ha sido considerada como un fuerte golpe asestado al primer ministro vietnamita Ngodin Diem, que llegó a Indochina la semana pasada tras varios años de exilio, para constituir un fuerte gobierno nacionalista y continuar la guerra. Diem es católico".

Por su parte, un corresponsal en París, afirma que en Washington temen que el abandono del sur del delta "sea la consecuencia de un convenio secreto acordado en Ginebra entre Mendes-France y Chou En

Lai. En Francia, de oído a oído, lo afirma mucha gente, y en el periódico "Paris Press" el escritor Maurice Ferro apunta también esta posibilidad. En este caso, el repliegue del delta no sería más que el primer escalón de la capitulación que se está preparando".

¿Qué celebraba la Francia oficial en los salones y dependencias de la Asamblea, mientras un millón de católicos vietnamitas eran entregados a los rojos de Ho Chi Minh?

### EISENHOWER Y LA CHINA COMUNISTA

En la crónica anterior, y en el último comentario precisamente, aludíamos a una supuesta política "centrista" de Washington, expresada sin excesivas sinuosidades en la "declaración de principios" que puso término a las conversaciones oficiales entre Eisenhower y Churchill.

La reacción del Senado norteamericano contra semejante política, quedó puesta de manifiesto especialmente en las intervenciones de William F. Knowland, jefe de la mayoría republicana, y del demócrata Mac Carran, los cuales aludieron a un posible convenio entre Gran Bretaña y la Casa Blanca, encaminado al reconocimiento de la China roja por las Naciones Unidas. Ambos senadores se manifestaron enérgicamente opuestos a tales proyectos, y Knowland amenazó con retirarse de jefe de la mayoría si se llevaba a efecto el reconocimiento del gobierno de Pekín.

Ahora se sabe que durante la Conferencia entre los políticos anglosajones, "los funcionarios británicos declararon que esperan que la China roja sea admitida por las Naciones Unidas antes de este otoño" y aun parece que Francia aceptaría la solución como parte del arreglo de tregua en Indochina.

¿Cuentan los británicos con el apoyo, siquiera oficioso de la Casa Blanca? La arada réplica del Senado norteamericano, parece dar una respuesta afirmativa a esa suposición.

### Del 6 al 10 de julio

¿PRESIDENTE DE LOS APACIGUADORES?

El "Daily Mirror" señala hoy la posibilidad de un acuerdo secreto entre Eisenhower y Churchill sobre la China roja, y comenta:

"El senador Knowland debe saber algo que no se ha dicho al pueblo norteamericano, pues la declaración conjunta no descubrió nada. Knowland no hubiese hecho una declaración pública tan rápida y drástica si no hubiese creído que uno de los compromisos a que se había llegado era el de la admisión de la China comunista. Knowland se vería apoyado por todos los que tienen algún respeto por el honor sagrado de este país."

El "Daily News" reprocha a Eisenhower el haber sido demasiado suave al tratar del reconocimiento de la China roja. "Los indicios actuales — dice el periódico — son que, poco después de reunirse la Asamblea general en Nueva York, el 21 de septiembre, se iniciará una campaña para que la China roja ingrese en las Naciones Unidas. Nos parece que el Presidente podría oponer un no seco a esta acción para admitir al Gobierno de Mao Tse Tung, coincidiendo abiertamente y en público con el senador Knowland. Con reservas sobre este asunto, como lo hizo ayer, creemos que el Presidente ha complacido a muy pocos norteamericanos, y que, sin intención, habrá reforzado los llamados apaciguadores del comunismo en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos."

Algo muy grave dentro de la línea de apaciguamiento debe haber ocurrido en las entrevistas Eisenhower-Churchill, para que el "Daily Mirror", el "Daily News" y otros importantes diarios norteamericanos se expresen en forma tan violenta contra Eisenhower. La posibilidad de que existan acuerdos secretos entre ambos estadistas, viene subrayada por el propio estadista británico en las declaraciones hechas a su regreso de Norteamérica: "No hemos fracasado y sería un gran error suponer que todo

sucede en seguida. Esperamos ser juzgados no solamente por la inmediata acogida de nuestros esfuerzos, sino también por su influencia en el curso futuro de los acontecimientos”.

Por su parte, el embajador yanqui en Londres, Aldrich, ha manifestado que “Estados Unidos e Inglaterra están de completo acuerdo sobre lo que desean lograr”.

Sin embargo, Eisenhower, ante la reacción del Senado y de la opinión pública de su país se ha visto obligado, por lo menos externamente, a hacer un poco de marcha atrás. De ahí las evasivas a que alude el “Daily News” y que tanto habrán complacido a los “apaciguadores”.

De ahí, también, la filípica del diario liberal británico “Manchester Guardian”: “Ha pasado una semana desde que los ministros ingleses salieron de Washington. Semana funesta. El presidente Eisenhower no habla ya en nombre de los Estados Unidos. Un presidente más fuerte tendría mayor influencia a través del propio partido sobre sus jefes parlamentarios... El senador Knowland y sus colegas deben adquirir el convencimiento de que si no pueden persuadir a sus aliados de Europa que los sigan, ello implicará la pérdida de todas las bases militares de Europa, excepto en España. Implicaría empujar a la Europa occidental y a Gran Bretaña hacia el neutralismo”.

¿Qué hay en el fondo de tan grave cuestión? Si Eisenhower no logra imponer su criterio político en los Estados Unidos, ¿a quién representa el Presidente? ¿Cómo llegó a ser nombrado candidato oficial del Partido Republicano?

EL JEFE DEL ESTADO INSISTE SOBRE EL TEMA DE LA UNIDAD OCCIDENTAL

Ampliando sus anteriores declaraciones a Roy Howard, de la cadena Scripps-Howard, el Jefe del Estado español ha hecho unas extensas manifestaciones a los corresponsales de Prensa norteamericana que residen en Madrid, a las que corresponden estos fragmentos:

“Nadie puede dudar de la política e intenciones agresivas del comunismo soviético, ni tampoco de que la guerra fría es el primer acto de la guerra real, y de la capital importancia que tiene no perderla.

“No hay que hacerse ilusiones; la agresión se desencadenará cuando al agresor le convenga; cuando haya terminado su preparación y alcanzado la descomposición del futuro enemigo para tener segura la victoria.

“Esto se logrará tanto menos, cuanto mayor sea la unidad y la fortaleza que ofrezcan los países del Occidente; los propósitos agresores no se desarmarán jamás con concesiones ni con debilidades. De aquí la necesidad imperiosa de la unidad entre las naciones occidentales. En Rusia y territorios ocupados no existe más que una cabeza y un comité directivo; sería desastroso responder a la unidad con la división”.

Del 11 al 15 de julio

“PAZ HONROSA” EN INDOCHINA

En Ginebra, “los portavoces rojos señalan el pronto retorno de Molotov y la inminente llegada de Chou En Lai, como indicaciones de que ahora “se va en serio”.

Al parecer, el único impedimento grave que

dificultaría la firma del armisticio el próximo día 20, sería la ausencia de un representante calificado de los Estados Unidos en la Conferencia. “En este punto—dice un corresponsal—los del Vietnam son más realistas (sic) que los rusos y los chinos... Si los norteamericanos se quedan fuera de las garantías necesarias para respaldar un acuerdo, conservarán sus manos libres para intervenir un día u otro en Indochina en defensa de los del Vietnam, si éstos, como puede suceder, se consideran demasiado sacrificados en el arreglo”.

El desecho, o mejor exigencia de los comunistas, lo comparten también los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia, los cuales, a través de sus autorizados portavoces, han reclamado de Washington la presencia de Foster Dulles o de Bedell Smith.

Por de pronto, Foster Dulles se ha dirigido a París para negociar la asistencia de una representación norteamericana en la fase final de la Conferencia de Ginebra, pudiéndose adelantar tal vez la posibilidad de un resultado favorable, si nos atenemos a las declaraciones hechas por el secretario de Estado pocos minutos antes de tomar el avión en el sentido de que Francia había aceptado “siete condiciones generales establecidas por el presidente Eisenhower y Churchill para una paz honrosa”. Se trata de un acuerdo secreto entre los dos políticos anglosajones cuya existencia se desconocía hasta este momento.

Ya veremos lo que entendieron Eisenhower y Churchill por “paz honrosa”.

ANIVERSARIO DE CALVO SOTELO

Bajo el título de “La significación del sacrificio de Calvo Sotelo”, escribe el diario “ABC”:

“Sin el sacrificio de Calvo Sotelo en la lívida madrugada del 13 de julio de 1936, España no existiría como nación independiente y soberana de sus destinos. Nada menos. ¿Por qué? Lo vamos a decir: desde el 14 de abril de 1931 la mejor España confabulaba sus ansias sublimes y beneméritas para derrotar aquel régimen de ludibrio que por una chiripa histórica se había desencadenado como un meteoro catastrófico sobre la nación. Todos los ardorosos conatos y las nobles intenciones y las agueridas campañas y las altivas actitudes que tejen la historia de aquel quinquenio 1931-1936, fueron baldíos, sin que su esterilidad ponga la más leve sombra en el mérito de sus paladines... Sin el holocausto de Calvo Sotelo en la madrugada histórica, todo hubiera quedado en aquello: en nobles intenciones, en escaramuzas, polémicas y hasta cruentas, en sacrificios dispersos, pero, ¡ay!, inútiles”.

Del 16 al 20 de julio

LA PRENSA DE PARÍS POR MENDES-FRANCE

“¿Se ha ganado acaso una gran batalla? ¿Se ha expulsado a los rojos del delta? ¿Se ha firmado tal vez un armisticio victorioso? ¿Cuáles son los éxitos por los que suenan hoy en la Prensa de París los acentos triunfales? En realidad—apunta un corresponsal—sólo se trata de que los Estados Unidos han aceptado enviar a la Conferencia de Ginebra a Bedell Smith.”

¿Y le parece poco al corresponsal? Precisamente, como apuntábamos en el comen-

tario anterior, esa presencia parecía ser la única dificultad “seria” que se oponía a un acuerdo definitivo sobre Indochina.

No es de extrañar que la Prensa francesa, en general, tribute sus mayores alabanzas a Mendes-France. ¡Hasta ahí ha llegado Francia!

“Mendes-France ha obtenido un grandioso éxito diplomático”, dice “L’Aurore”.

“Desenlace dichoso, no sólo porque los Estados Unidos se han dejado convencer, sino porque este resultado supone otro de alcance mucho mayor: el reforzamiento de la alianza atlántica”, concluye el optimista “Figaro”.

Mientras tanto, Mendes-France trata de presentarse como el paladín de la resistencia a ultranza, el defensor acérrimo de la libertad del Vietnam y de los derechos de Francia. Después de haberse afirmado que Francia nada tenía que hacer en el plan militar y que el armisticio era una cuestión de vida o muerte para Francia, ahora Mendes-France declara por la radio: “Si en tres días no hemos alcanzado nuestro objetivo, ya sabéis las grandes responsabilidades a que tendremos que hacer frente. Sé que nos las aceptaréis, y esto es legítimo, a no ser que comprendáis claramente las razones que nos obligarán a pedir nuevos sacrificios a nuestro país”.

¿Tan convencido está Mendes-France de que los comunistas aceptarán su capitulación?

CALVO SOTELO Y EL MOVIMIENTO NACIONAL

Bajo el título de “La significación del sacrificio de una generación”, escribe el diario “Arriba”:

“Todas las características del 18 de julio y los hechos posteriores demuestran que hubiese fracasado el Alzamiento sin una previa, difícil y larga preparación. El Movimiento, convertido en una “revolution du palais” o en la protesta de grupos diseminados, habría abortado y producido una terrible alianza de lo grotesco y lo trágico...

“Ante daños y agravios de tal índole los españoles no podían alzarse a la ventura, reproduciendo en 1936 la hazaña de Madrid y de Móstoles en 1808... Finalmente, el Estado poseía recursos poderosos y la sumisión y docilidad de gran parte de sus fuerzas represivas, de cuyo seno salieron los asesinos de don José Calvo Sotelo, el glorioso mártir que, a no ser por un necesario retraso de ocho días en el Alzamiento, habría visto iniciada la gran empresa militar y ciudadana del rescate de la Patria”.

Del 21 al 25 de julio

LA INTERNACIONALIZACIÓN DE JERUSALÉN

Comentando los recientes incidentes ocurridos en Jerusalén, que ocasionaron numerosos muertos y heridos, “L’Osservatore Romano” recuerda que también “algunas instituciones católicas han sufrido daños, como la Casa de los franciscanos del Divino Salvador, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el mismo Patriarcado Latino”.

“Todo ello, dice el referido periódico, provoca un estado de temor por los peligros que pueden derivarse, no sólo en cuanto amenaza para la paz, sino también para la seguridad de la ciudad y de sus Santos Lugares”.

“Una situación tan grave en sí misma

## ACTUALIDAD

—concluye "L'Osservatore Romano"— demuestra una vez más la sagacidad de la solución que fué indicada por el Padre Santo en numerosos documentos publicados, como *la única que ofrece suficiente garantía* para la conservación de Jerusalén y sus Santos Lugares: *La internacionalización verdadera y propiamente dicha de la Ciudad Santa y sus alrededores*. Los católicos conscientes de la gravedad de esta situación, no pueden sino augurar y obrar consecuentemente *para que sea oída la voz del Papa*, heraldo de la paz y campeón de la justicia".

¿POR QUÉ CALLÓ DUPONT?

El jefe del Gobierno del Vietnam, Ngo Dinh Diem, católico, ha ordenado que todas las banderas nacionales se pongan a media asta como expresión del duelo nacional. Tal ha sido la reacción del Vietnam después de haberse aprobado por la Conferencia de Ginebra los acuerdos a que llegaron Francia y los comunistas del Vietnam.

Mendes-France se ha salido con la suya, y con el beneplácito de 500 diputados ha conseguido que se ratificasen en pocas horas los pactos concertados con los emisarios de Ho Chi Minh. ¿Cómo lo ha logrado Mendes-France?

Una muestra de su acción "persuasiva" sobre los miembros de la Asamblea, quedó exteriorizada en un interesante diálogo sostenido con el diputado Frederic Dupont, que fué ministro de los Estados Asociados durante cuarenta y ocho horas, de las cuales casi la mitad las pasó en Ginebra.

Según Frederic Dupont, durante su breve permanencia en el ministerio, un representante del Vietnam en Suiza le ofreció una paz en mejores condiciones que las aceptadas por Mendes-France, añadiendo Dupont que tal ofrecimiento lo comunicó al actual jefe del Gobierno.

—¿Recuerda usted, preguntó Dupont en la Asamblea, que le puse al corriente de las condiciones y usted las aprobó?

—No aprobé nada, contestó Mendes-France. *No recuerdo nada.*"

Dirigiéndose entonces al actual ministro de los Estados Asociados, Dupont insistió: —Y usted, ¿tampoco lo recuerda? ¿También lo ha olvidado?"

Silencio total.

—Puesto que ni el Presidente ni su ministro, concluyó Dupont, son capaces de dar fe a mis palabras, voy a leer el texto de aquella conversación que figura en acta..."

Al disponerse a leer el acta, Mendes-France pareció recobrar la memoria y se dirigió alterado a Dupont:

—¡Parece mentira que un ex ministro pretenda leer en público conversaciones secretas!"

Dupont intimidado optó por callarse. Pero, ¿por qué calló Dupont? ¿Por qué se dejó intimidar por Mendes-France?

### MOSCÚ Y LOS PROBLEMAS EUROPEOS

Radio Moscú ha divulgado la siguiente información:

"El Gobierno soviético considera que los acuerdos logrados en Ginebra sobre el "alto el fuego" de Indochina y el establecimiento de la paz en esta península, con lo que se contribuye a la aminoración de la tensión internacional, crean favorables condiciones para el arreglo de otras cuestiones no resueltas, tanto en Asia como en Europa". Sin

duda se alude a las cuestiones de la unificación de Alemania y de Corea y al proyectado Ejército europeo.

¿Tendrá éxito la nueva maniobra de la URSS? Mendes-France continua al frente del Gobierno francés y sus colaboradores son muy poderosos en Europa...

### MISIÓN EN MADRID

"Se encuentra en Madrid el destacado hombre de negocios y diplomático norteamericano, Joseph H. Davies, ex embajador de su país en Moscú".

Un redactor de la Agencia Cifra preguntó al señor Davis:

—¿Su viaje a España ha sido exclusivamente para ser recibido por el Generalísimo?"

—Aunque también he venido— dice el señor Davies— por otros motivos, puede usted asegurar que el principal ha sido el visitar al Caudillo de España. Y quiero decirle que en mi larga carrera diplomática he conocido a muchos Jefes de Estado, casi todos los de la América Central y del Sur; muchos europeos y cuatro presidentes de mi partido político norteamericano y dos republicanos, pero les digo de corazón que ninguno me ha causado tanta impresión como el Generalísimo Franco. He conocido generales excepcionales, estadistas que han hecho grandes obras en sus pueblos, pero siempre han sido una sola cosa. En Francisco Franco no sucede esto; él es el bienhechor de su Patria. Es un general que supo ganar una batalla contra el comunismo y que supo vencerla en la paz matándolo en su origen, es decir, haciendo desaparecer el hambre de su Patria" (1).

Joseph H. Davies fué el autor, como saben nuestros lectores, de "Mision to Moscow".

### Del 26 al 31 de julio

#### LAS PELIGROSAS AGUAS DE HAINÁN

El derribo de dos aviones de la China comunista, después que éstos habían atacado a unos aparatos de bombardeo salidos de un portaviones norteamericano que navegaba en aguas de la isla de Hainán, ha planteado la amenaza que representa dicha isla en una de las regiones más importantes del sudeste asiático.

"La isla de Hainán, actualmente dependiente del régimen comunista— escribe la Agencia United Press—, se ha convertido en un nuevo punto peligroso del sudeste asiático. El ametrallamiento de un avión comercial inglés frente a la costa de dicha isla, viene a subrayar el hecho de que Hainán se ha convertido en una formidable base comunista, lo que sólo puede obedecer a fines ofensivos.

"Durante varios meses los nacionalistas chinos han estado insistiendo en que la isla de Hainán se había transformado en base de submarinos soviéticos. Ahora parece que ya no cabe duda sobre la exactitud de tales asertos..."

(1) Y continúa diciendo Joseph H. Davies: "Es un hombre de los que surgen de vez en cuando y que marcan historia. He hablado con el Generalísimo Franco de todos los aspectos generales, tanto de política, de finanzas, como de problemas mundiales y he quedado francamente sorprendido por el claro concepto de sus palabras. Con sinceridad, es el hombre providencial que España necesitaba y no me extraña nada que España esté con él. Ha sido una de las experiencias más agradables de mi vida al tener la ocasión de conocerle y saludarle."

"Las noticias de que la Unión Soviética podría oponerse por la fuerza con sus submarinos y aviones al bloqueo de la costa continental, comenzaron a tomar consistencia después de haberse incautado los chinos nacionalistas del petrolero ruso "Tunpse" el 23 de junio cuando dicho barco se dirigía a un puerto comunista. Rusia reaccionó violentamente insistiendo en que la Marina norteamericana era la responsable de lo ocurrido.

"Ahora, concertada la suspensión de hostilidades en Indochina, el Gobierno de Pekín puede pensar en apoderarse de Formosa, y Radio Pekín ha aludido ya a esta posibilidad en sus últimas emisiones".

¿Tenía relación la presencia de portaviones norteamericanos en las cercanías de Hainán con la posibilidad de un desembarco comunista en Formosa? Porque, pese a decirse ahora que los buques de guerra de los Estados Unidos estaban en aguas de Hainán para localizar a los náufragos desaparecidos al ser derribado el avión comercial británico, lo cierto es que con fecha 20 de julio se comunicó desde Manila la salida de los portaviones "Hornet" y "Buxer" con rumbo no revelado, aunque se suponía entonces que se dirigían a Indochina. Y el "Hornet", al menos, fué uno de los que participaron en las operaciones de salvamento...

### ¿TRAICIÓN?

Se encuentra en la zona oriental de Alemania el que fué jefe del Organismo de la Constitución y máximo dirigente del contraespionaje de la Alemania occidental, Otto John.

John había pertenecido al espionaje británico; había apoyado el plan del lord Vansittard de aniquilación alemana, y "era un agente de la policía secreta soviética".

Desempeñó un papel principal en el complot contra Hitler "y escapó por muy poco en un avión hacia Madrid y llegó a Lisboa, donde se usó bajo protección inglesa. De costumbres sospechosas, "era amigo de Guy F. Burgess, el diplomático inglés que desapareció con McLean hace tres años".

Al marcharse tras el "telón de acero", John "se llevó consigo los planes "más secretos" de su Gobierno, incluyendo los de rearme", según se afirma en la Alemania comunista, los cuales han comenzado a practicar numerosas detenciones de elementos al servicio de la policía occidental.

¿Cómo es posible que el Gobierno demócratacristiano de Bonn nombrara para cargos de tanta importancia a Otto John? Conviene advertir, sin embargo, que, según los diarios de Bonn, "el nombramiento se hizo por presión de Inglaterra".

### LA SITUACIÓN DEL MUNDO DESPUÉS DE LA TREGUA DE INDOCHINA

Una opinión de la revista "Life":

"La situación mundial es peor hoy día de lo que era antes de la firma de la tregua en Indochina. Es peor aún de lo que era antes de la tregua coreana, en que teníamos alguna posibilidad de conducir aquella guerra a la victoria. Cada guerra menor que no ganemos hace más fácil la entrada de los Estados Unidos en la próxima gran guerra, que ha de terminar simplemente en una victoria del mundo libre".

SEHAR YASHUB

## *Obras que por su interés recomendamos:*

(Depósito en nuestra Administración)

El Liberalismo es pecado . . . . .	Dr. Félix Sardá y Salvany . . . . .	6'—
La Inquisición . . . . .	J. M. Orti Lara . . . . .	15'—
La vuelta a los altares . . . . .	Luis Creus Vidal . . . . .	25'—

## **Colecciones de CRISTIANDAD**

Informamos a todas las personas que se han suscrito a CRISTIANDAD con posterioridad a la fecha de iniciación de la Revista, que tenemos coleccionados, en volúmenes por años, la totalidad de los números publicados.

A los que deseen adquirir varios Tomos y les resulte de mayor comodidad satisfacer la cuenta en plazos mensuales, podemos ofrecerles esta modalidad de pago, sin que ello signifique aumento alguno en el coste.

LA ADMINISTRACIÓN.

*En este año Mariano  
ofrece tu obsequio a María  
visitando sus Santuarios*

ARTICULOS VIAJE Y DEPORTE

# FERRER



Subida Puente Isabel II, 2

GERONA

P  
U  
R  
O  
S  
  
C  
A  
P  
O  
T  
E



P  
U  
R  
O  
S  
  
C  
A  
P  
O  
T  
E

## Academia Febrer

(COLEGIADA)  
Fundada en 1917

INGENIEROS INDUSTRIALES  
INGENIEROS TEXTILES  
PERITOS INDUSTRIALES

BARCELONA

Paseo de Gracia, 17

## Rómulo Torrents Albet

SOCIEDAD ANONIMA

Papel y pastas filtro «ALBET»  
Papeles pergamino y embalaje

Diputación, 216

Teléfono 23 40 84

BARCELONA



En su viaje  
a Mallorca  
visite las

## Cuevas de Artá

UNA MARAVILLA ENTRE MARAVILLAS

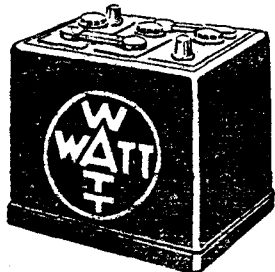
*Productos*

## Codorniu y Garriga

Sociedad Anónima

Especialidades Farmacéuticas

Badajoz, 112  
BARCELONA



## TALLERES WATT

JUAN COMAJUNCOSA

SERVICIO ELECTRICO DEL AUTOMOVIL  
RADIO Y BOBINAJES

Córcega, 298 - Teléf. 27 62 28  
(entre Paseo de Gracia y Rambla de Cataluña)

BARCELONA